

EL ACTO POLÍTICO NO-IDEOLÓGICO



Sobko, Pedro Ariel

El acto político no-ideológico / Sobko, Pedro Ariel. – 1^a ed. – Resistencia, Chaco: Literatura Tropical, 2020.

75 p ; 21 x 29,7 cm.

1. Ensayo. Apuntes.

1^a Edición: 2020

Arte de portada e interiores: Alfredo Germignani

Foto de autor: Laura Aguirre

2020, Sobko, Pedro Ariel

 Literatura Tropical

www.literaturatropical.com

literaturatropical@gmail.com



Reconocimiento – Compartir Igual (by-sa): Se permite el uso comercial de la obra y de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia [es una licencia libre según la Freedom Defined](#).

Ariel Sobko

Nació el 30 de abril del 1977 en Resistencia, Chaco. Es Licenciado en Filosofía en la Universidad Nacional del Nordeste. Escribió los libros de ensayos y fragmentos *Los vientos amargos de la nada* (2003) y *Cuerpo, mundo, nudos* (2006). Desde el 2000 colabora con talleres literarios filosóficos, edición de libros, co-escritura y producción de proyectos dramatúrgicos y performáticos, co-redacción de guiones y producción de proyectos artísticos (revista, web) vinculados a la literatura y a la filosofía. Actualmente colabora con artículos, ensayos y notas en revistas digitales y con la plataforma creativa Literatura Tropical.



EL ACTO POLÍTICO NO-IDEOLÓGICO

ÍNDICE

La potencia de los 678.774 pelotudos.....	10
Micro-fascismos cotidianos.....	15
Los verdurazos no son ideológicos.....	25
¡Qué osada eres!	26
La infancia en los tiempos de Cambiemos	34
Crónica boluda de un viaje a Buenos Aires	43
Ontología de la marcha pública	55

A mis amigxs



Masiva movilización contra el ajuste previsional, diciembre 2017. Buenos Aires, Argentina.

PALABRAS PRELIMINARES

Este libro reúne siete artículos que aparecieron publicados en la plataforma digital de [Literatura Tropical](#) entre el 1 de enero de 2018 y el 14 de noviembre de 2019. Si bien están en el mismo orden que aparecen en la Web, pueden leerse en cualquier orden, salvo el último material, la *Ontología de la marcha pública*, que debe leerse al final porque es una especie de teoría fundamental del acto no-ideológico, concepto que aparece diseminado en los demás. Hay una *Crónica* que deliberadamente desentona con el carácter del libro, a saber, ensayo político de los tiempos de *Cambiemos* a la manera de las *Situaciones* de Jean-Paul Sartre, salvando todas las distancias, desde luego. Agradezco a Alfredo Germignani por darle a este libro un espacio en este catálogo editorial de Literatura Tropical, y a Lucas Ameri, Alejandro Schmid, Marcelo Torrente, Fernando Santiago y Pablo Black por haber aceptado o rechazado pertinenteamente las ideas que en él aparecen, sin las cuales hubiesen sido imposible llevarlo a cabo.

A. S.
Marzo de 2020

EL ACTO POLÍTICO NO-IDEOLÓGICO

Ariel Sobko

LA POTENCIA DE LOS 678.774¹ PELOTUDOS

"UN MUNDO EN EL CUAL DEFINITIVAMENTE SE HA DEJADO DE LADO Y DESTRUIDO LA POSIBILIDAD DE UNA LUCHA ARMADA, UN GLOBO TERRESTRE DEFINITIVAMENTE PACIFICADO, SERÁ UN MUNDO YA SIN LA DISTINCIÓN ENTRE AMIGO Y ENEMIGO Y, EN CONSECUENCIA, UN MUNDO SIN POLÍTICA. EN ÉL PODRÁ HABER CONTRAPOSICIONES Y CONTRADICCIONES MUY INTERESANTES, COMPETENCIAS E INTRIGA DE TODO TIPO, PERO SEGURAMENTE NO HABRÁ NINGUNA CONTRAPOSICIÓN SOBRE CUYA BASE SE PUDIESE REQUERIR A LOS HOMBRES EL SACRIFICIO DE SU PROPIA VIDA Y PUDIESE AUTORIZARLOS A DERRAMAR SANGRE Y A MATAR A OTROS HOMBRES."

CARLL SCHMITT

Para Aristóteles *la potencia del hombre es inseparable de su impotencia*. Esto significa que todo lo que podemos hacer, a la vez, podemos no hacerlo, es decir, hay una potencia-de-no que siempre acompaña a la potencia propiamente dicha. Sabemos bien que el poder *disminuye nuestra potencia*, ahora, también tenemos que saber que, además, el poder *aumenta nuestra impotencia*. Es decir, el poder no sólo impide que se pueda hacer algo, también puede impedir exclusivamente que no se pueda no hacer algo. Y bien, hacer esto o aquello, elegir tal cosa o tal otra, puede impedírselo a alguien privándole de las condiciones materiales que le permiten

¹ El resultado del balotaje del 22 de noviembre de 2015. Cambiemos 51,34% (12.988.349 votos). Frente para la Victoria 48,66% (12.309.575 votos). La diferencia fue de 678.774 votos.

llevarlo a cabo, o, directamente, con una prohibición, pero impedir a alguien que no pueda no hacer algo implica, en efecto, *obligarlo* a su ejecución.

Por otra parte, según Carl Schmitt, *lo político es una distinción entre el amigo y el enemigo*. De esta manera, el carácter político de la vida humana deriva de la posibilidad de la guerra, y la enemistad no tiene otro contenido más que esa posibilidad. Así, el enemigo es un conjunto de hombres que —al menos eventualmente, es decir, según una posibilidad real— combaten y se opone a otro conjunto de hombres con iguales posibilidades. La guerra es entonces una lucha armada entre unidades políticas organizadas; la guerra civil, una lucha armada dentro de estas unidades promovida por la tenencia de armas. Ahora bien, en efecto, los conceptos de “amigo”, “enemigo” y “lucha” adquieren su significado del hecho de que se mantienen en relación, de modo específico, con la posibilidad *real* de la eliminación física del adversario.

Después, Giorgio Agamben dice que *el mundo, desde la caída de las torres gemelas, vive bajo el paradigma de gobierno del estado de excepción*. El estado de excepción es el modo en que el Estado funciona por fuera del derecho, esto es, una situación de necesidad o de emergencia declarada por el soberano que desactiva los derechos de la ciudadanía y los mecanismos parlamentarios. Puede haber estado de excepción suave, policial, dictatorial, de comisaría o militar, etcétera, lo cierto es que en todas sus versiones el soberano *no evita* el dictamen de urgencia. En efecto, el estado de derecho brinda al soberano la posibilidad de dictar por decreto o por decreto con fuerza-de-ley el estado de excepción, y esta zona *indecible* del derecho —porque está fuera del derecho en tanto suspende los derechos y a la vez está dentro del derecho porque lo dicta el soberano—, según el paradigma, es el origen y la subsistencia de la soberanía misma. Recordemos que Hitler sostuvo su gobierno de cuatro años en continuo estado de excepción.

Pues bien, estas tres ideas operan de presupuesto en el gobierno Cambiemos, y una deliberada articulación conjunta de las tres por parte del Estado fue lo que permitió el lamentable desenlace del año 2017.

*

El asunto estriba en que las sociedades del Espectáculo pasan precisamente por neutralizar nuestra potencia-de-no hacer algo, y, sobre todo, pasan por hacernos creer que *podemos hacer lo que no podemos hacer*. Es decir, el Espectáculo obliga a ejecutar lo que se puede suspendiendo la potencia-de-no, y, al mismo tiempo, el Espectáculo obliga a creer que virtualmente se puede ejecutar absolutamente todo. Es evidente que este dispositivo fue entendido a la perfección por Cambiemos, y fue de hecho el *speech* con el cual se filtró en la ciudadanía. Puntualmente, la campaña electoral de Cambiemos pasó por *anular la potencia-de-no elegir a la derecha neoliberal*, potencia-de-no que en la Argentina se encuentra activada bajo el amparo de lo que los argentinos no podemos anular, a saber, el imperativo del *Nunca más* y la creencia de que la democracia es una especie de limbo que soluciona todo. Esos 678.774 pelotudos, viendo a Macri, con sarcasmo imbécil seguramente, repetían: «¿Y por qué no podemos votar a la derecha neoliberal?», cuando en verdad estaban arrojados, de un modo imperceptible, a procesos sobre los cuales habían perdido cualquier control. Separados de su impotencia, privados de poder no hacerlo, los argentinos que llevaron a la derecha neoliberal adelante del Estado se creyeron capaces de todo, y, en ese desborde, como en una especie de *hybris*, creyeron necesario hacer todo lo que podían no hacer.

Ahora bien, todos somos los 678.774 pelotudos, y todos fuimos, de algún modo, partícipes de que la potencia de no votar a la derecha neoliberal, parafraseando a Marx, se desvaneciera en el aire.

Después, en cuanto a la guerra de amigos y enemigos como el carácter político de la vida humana, es conocida la posición de Néstor Kirchner, en los primeros tiempos de su mandato, llevando a cabo una “transversalidad” entre organizaciones políticas diferentes. Esto

representó, desde luego, una especie de inversión del concepto político amigo/enemigo de Carl Schmitt. El diálogo entre las organizaciones políticas diferentes con el Estado, disolvió la hostilidad polémica que presupone la política para Schmitt, en vistas de una acción coyuntural reconstructiva del Estado Benefactor llevado a buen puerto. ¿Cómo fue posible esto? Muy simple: *ninguna organización política salvo la Fuerza de Seguridad del Estado poseía armas.*

En un estado de la situación *sin armas* la lucha entre enemigos se desactiva, y lo político subsiste en la forma de un diálogo transversal, propio de la camaradería del conjunto de los países latinoamericanos.

Ahora bien, al recuperar el concepto de “enemigo” en una situación sin armas, el gobierno de Cambiemos se convierte en una *gran máquina NO LETAL de apresamiento de enemigos*, echando por borda no sólo al Principio de Inocencia sino incluso a los Derechos Humanos en la Argentina. Por lo demás, el enemigo de Cambiemos es el kirchnerista, pero también el trotskista, el peronista y, desde luego, el anarquista, y es a este conjunto de ideologías a las que pretende encarcelar, a falta de una lucha armada de eliminación física real.

*

¿Qué hacer? No el alistamiento partidario ni tampoco el frenesí oportunista violento; ambos van presos bajo el régimen de Cambiemos. El acto político no-ideológico que se vislumbra en el ejercicio de la marcha pública es la respuesta: *el mayor grado de inconformidad representativa con el menor grado de violencia*. Las movilizaciones de diciembre, según esta lectura, hubiesen sido absolutamente efectivas si se hubiese respetado el vacío de violencia, propio de las grandes manifestaciones. Solo así hemos de recuperar los 678.774 pelotudos la potencia de no votar a la derecha neoliberal, en vistas de conducir a nuestra tradición de oprimidos —a los *espectros*

esenciales², según Quentin Meillassoux autor de *Después de la finitud*— de nuestra lucha otra vez a su *hora histórica*, como dice Walter Benjamín, bajo el amparo del Estado de Bienestar.

Si Cambiemos nos arrebató el limbo de no votar a la derecha neoliberal —como parte de un encantamiento del poder extremo del Espectáculo— entonces debemos proponernos recuperarlo. Eso sí, debemos advertir nada más que, como ocurre en todo encantamiento, el encantando nunca retorna a su estado anterior antes del sortilegio, sino que regresa de él completamente extrañado por el impasse de su cegada voluntad.

Hemos de darnos cuenta, nada más, que nuevas potencias-de-no se abrieron a partir del año 2017.

² “¿Qué es un espectro esencial? Es un muerto cuya muerte fue de tal modo que no podemos hacer un duelo de ella. Es decir: un muerto sobre el cual el trabajo de duelo, el paso del tiempo, no ha tomado suficiente consistencia como para que pueda plantearse un lazo tranquilo entre él y los vivos. Un muerto que clama el horror de su muerte no solamente a sus cercanos, a sus íntimos, sino a todos los que cruzan la ruta de su historia.” Quentin Meillassoux, *Deuil à venir, dieu à venir*. Los desaparecidos por el terrorismo de Estado, por ejemplo, serían para nosotros, en efecto, espectros especiales.

MICRO-FASISMO COTIDIANO

*"AHORA QUE SOY GRANDE ME HABRÉ DADO CUENTA
QUE NO TODO ES TAN BUENO
DETRÁS DE LA PUERTA DE ENTRADA DE EZEIZA
ESTÁN EL BIFE DE CHORIZO Y EL VINO
ESTÁN LOS VECINOS CASI SIEMPRE OBEDECiendo
EL DESTINO DEL VIGILANTE MEDIO ARGENTINO
ESTÁ LA SEÑORA QUE TODOS ADORAN
ES LA ABUELA PERFECTA
PERO A UN POBRE PENDEJO
QUE FUMABA EN UNA ESQUINA

SIN MOLESTAR A NADIE

LE MANDÓ A LA POLICÍA"*

ANDRÉS CALAMARO

La revolución es, acaso, el acontecimiento de *mayor grado de oposición a un gobierno*. Una confrontación parlamentaria, un activismo contra-hegemónico o una movilización ciudadana desembocan en una revolución cuando un gobierno insta el mayor grado de oposición. Desde luego, el grado de oposición a un gobierno será proporcional al grado de totalitarismo que este ejerza. En efecto, en la medida en que la ideología estatal se identifique con el fascismo será más plausible que acontezca una revolución, es decir, un gobierno será fascista si las ideologías opositoras, que compiten con él la conducción del Estado, alcanzan, por medios revolucionarios, el mayor grado de oposición.

Pues bien, los hechos suscitados en diciembre pasado en la Legislatura, por cierto, fueron hechos de una enorme significación al respecto. Indudablemente, los lanzadores de piedras con sus gomeras y molotov, el emblemático “Gordo mortero”, alcanzaron el mayor grado de oposición que define el acontecimiento revolucionario, el cual no tenía lugar desde el 19 de diciembre del 2001 con la oposición ciudadana al dictamen de estado de sitio de Fernando De La Rúa.

Ahora, si retrotraemos el esquema al mundo contemporáneo, un mundo sin organizaciones armadas que adopta como praxis política apenas a la marcha pública, la toma pacífica, el encuentro multisectorial, los golpes de prensa con “verdurazos”, a saber, *actos de ciudadanía no subsumibles a una ideología*, uno puede preguntarse, en definitiva, en un mundo sin posibilidades materiales de desencadenarse una revolución: ¿Qué ocurre con el fascismo?

Sin armas, es evidente que ya no se trata del clásico fascismo de Hitler y Mussolini, representado en la milicia soberana, sino de una clase de fascismo que atraviesa nuestras vidas cotidianas. Así como ocurre con la participación política de la ciudadanía que, en efecto, mayormente circula en las marchas públicas, es decir, por fuera del partidismo ideológico: *el fascismo circula en un micro-fascismo ciudadano*. Asimismo, la circulación en la ciudadanía de aspectos ideológicos se extiende para todas las ideologías, es decir, al igual que el micro-fascismo, existen micro-anarquismos, micro-socialismos, etcétera. Al igual entonces que el mayor grado de oposición al gobierno se concentra hoy en la paz de una marcha pública, sin revolución, el fascismo se concentra en nosotros como el *menor grado de oposición al gobierno* en nuestra vida ciudadana.

En efecto, todo ocurre como si la iniciativa de *localizar y erradicar un enemigo interno*, característica de un gobierno fascista, ya no se originara exclusivamente en los pasillos del Estado, sino en las calles, en el mundo de la vida del ciudadano común. Ahora bien, esto no es para nada novedoso. No olvidemos que la última dictadura argentina, si bien fuese eclesiástico-militar en términos formales, fue, sobre todo *cívica* en su carácter más de facto. El policía de

Doctrina Chocobar con licencia para matar, el empleado estatal burócrata, el empresario liberal indiferente, pero sobre todo el ciudadano común “colaborador” del régimen, la vieja pelotuda, es decir: el *vigilante medio argentino*, como dice la canción de Calamaro, sin ventajas ni beneficios de ningún tipo por su alcahuetería, fue siempre el sujeto por antonomasia del micro-fascismo.

En cualquier caso, un gobierno fascista se torna ineluctablemente totalitario porque su naturaleza consiste precisamente en subsumir todos los aspectos del Estado a su identidad partidaria para *visibilizar* su enemigo interno. Esto baja rápidamente a las calles, hace agenciamiento maquínico, con el objeto de lograr que el comportamiento de la ciudadanía sea absolutamente normal al Estado, es decir, sin desvío de las relaciones que permite de las que no permite su régimen ideológico. Para el Estado fascista no hay, no debe haber, una diferencia de corrección política entre un funcionario y una persona cualquiera. De esta forma, el ciudadano que agencia el fascismo partidario a su mundo de la vida, convirtiéndose en un micro-fascista, entrega por completo sus actos al poder político, en otras palabras, identifica su comportamiento con la situación. Como dice Foucault, el fascismo que circula en nosotros “nos hace amar el poder y desear lo que nos domina”.

Un tiempo atrás, cuando todavía estaba instalada en las bases políticas la posibilidad de una reacción violenta ante un Estado Represor, la carrera presidencial de Mauricio Macri no se hubiera concretado y hubiese quedado en la figura de un López Murphy. (En efecto, al pretender conducir al Estado desde la derecha neoliberal *luego del Nunca más*: con esa especie de ideología, los riesgos de desencadenar en todos los sectores un grado alto de oposición al gobierno le quitaban chances de llegar a la Presidencia a cuadros como López Murphy.) Sin embargo, la aparente banalidad en el hecho de que el Pro surgiera como un *partido vecinal* — esto es, constituido a una escala ciudadana —, hizo posible un agenciamiento maquínico, tan eficaz como letal, del fascismo tradicional de la casta política con el micro-fascismo ciudadano, por fuera del partidismo clásico de la Argentina, rompiendo, por cierto, todos los esquemas. Esta

maquinación entre el fascismo gubernamental, digámoslo así, y el micro-fascismo ciudadano, fue de hecho lo que le permitió a Cambiemos quedarse con el Estado, ya que, con la participación ciudadana en el partido, el riesgo de un grado alto de oposición de los sectores pareciera disiparse. No debe sorprendernos que el *speech* de Cambiemos consista en una especie de diálogo entre “iguales”, donde presuntamente se acentúa “*todos juntos podemos lograr el cambio*”, es decir, no se trata de un diálogo entre el soberano y la ciudadanía, sino más bien como una especie de mensaje corporativo entre empresarios o entre colaboradores.

Este agenciamiento maquínico del fascismo gubernamental con los vecinos de una ciudad (en el caso del Pro con la Ciudad de Buenos Aires) es lo que resulta del fascismo en un mundo sin revolución, y es la clave para comprender su funcionamiento contemporáneo. *Pues bien, sin una organización armada de la oposición, el fascismo toma a la ciudadanía y, en complicidad con ella, esto es, por medio de un micro-fascismo ciudadano, llega a ser gobierno.*

*

La madrugada del 24 de marzo de 1976, en su alcoba matrimonial, mis padres oían acostados el comunicado general de la Junta Militar por la radio. Mi padre se largó a llorar, a lo cual mi madre reaccionó gritándole: «¡Déjate de joder! ¡Por fin volvieron los milicos!». Esa declamación de mi madre «*¡Por fin volvieron los milicos!*», sin lugar a dudas debió replicarse en millones de hogares de nuestro país, y es la misma que oportunamente se escucha en alguien cuando dice «*Que vuelvan los milicos*». El fascismo produce, indudablemente, una fascinación en la gente, provoca una súbita identificación con cierto orden platónico y religioso, característico de todo poder totalitario. Al contrario de lo que ocurre con la revolución, por la que todo el mundo guarda una suerte de rechazo innominable, *el fascismo seduce y conquista a la gente*. Todos quieren participar de su goce oscuro, todos, en definitiva, quisieran decir «*¡Hace falta una buena limpieza en este país!, ¡Hay que matar a todos los chorros!, ¡Negros de mierda!*», etcétera, y decirlo con la mayor exposición posible de sus dichos. En la panadería, en la carnicería, en el supermercado, en la oficina o en la confitería se escucha al ciudadano común, que vive su

destino pobre, expresarse como alguna vez lo hubiesen hecho los jefes de altos rangos nazis. El problema es que el que así se expresa, como dice el dicho, *más papista que el papa*, es decir, más fascista que Macri, ignora el hecho de que la situación cambia y el Estado es conducido por otro gobierno y no se obtiene nada a cambio de un micro-fascismo. Esto fue, de hecho, lo que le pasó a mi madre, quién ignoraba en el momento de sus dichos que, en efecto, al poco tiempo, en su propia casa los *milicos* apresarían a mi padre y lo encerrarían por seis años y desaparecerían al hermano de mi padre junto a su esposa, lo cual representó, desde luego, un verdadero infierno para toda la familia.

El fascismo paga con desastres la simpatía con él, y nadie sale ilesa, por cierto, al aceptar por completo la situación sobre la que el fascismo fundamenta su política.

*

Para entregarse al poder estatal de esa manera, el micro-fascista ciudadano debe expulsar de sus actos a los actos políticos de otras ideologías y, sobre todo, a los actos políticos desprovistos de ideologías, esto es, a los actos políticos no-ideológicos. Pues bien, la identificación plena del Estado con *una* ideología con exclusión de todas las demás ideologías, propio del fascismo, produce un estado totalitario que encierra a la ciudadanía en el *estado de la situación* histórica.

En palabras similares, Emmanuel Lévinas, sabiendo leer muy bien la novedad del nazismo, definió la filosofía del hitlerismo en su libro homónimo como *la adhesión plenaria del hombre a la situación*:

Una concepción realmente opuesta a la noción europea de hombre — dice— sólo sería posible si la situación en la que el hombre está enclavado (*rivé*) no se sumara a él, sino que constituyera el fundamento mismo de su ser.

El fascismo representa sin lugar a dudas un *forzamiento* de la función de la política si rechaza los actos no-ideológicos de la gente. Si y sólo si el Estado es fascista, pretende expulsar bajo un régimen carcelario a las ideologías diferentes, y, en consecuencia, a la vida ciudadana, debido a que es imposible que no aparezca en la malla de relaciones del Estado y de la ciudadanía ideologías distintas al gobierno. El fascismo es la grieta; la grieta es Cambiemos.

Cambiemos sale, de esta manera, constantemente de la esfera de lo político. Conclusión que no debe extrañarnos, ya que, al fin y al cabo, *Cambiemos* mismo enarbola sus discursos con su supuesta condición, tan presuntuosa y petulante como falaz, de estar “*fuerza de la tradición política argentina*”.

LOS VERDURAZOS NO SON IDEOLÓGICOS

**"DEBEMOS SER CONTEMPORÁNEOS, POR DESÉRTICO QUE SEA, DEL
VEREDICTO DEL MUNDO."**

ALAIN BADIOU

Para Aristóteles, la totalidad de la realidad humana es política en la medida en que el hombre alcanza a realizar una vida en la *polis*, es decir, en la medida en que no sólo tiene una vida natural (*zoé*), sino que también alcanza a vivir en sociedades políticamente calificadas (*bíos*). De guiarnos por esto, podemos decir que hay actos políticos y actos no-políticos en el comportamiento humano. En términos generales, a los actos humanos que son políticos los incluye la Historia, mientras que los actos humanos que no son políticos no están incluidos en la Historia. A su vez, el conjunto de los actos políticos se divide en tipos de actos políticos ideológicos y actos políticos no-ideológicos. En primera medida, diremos entonces que las ideologías no pueden atribuirse, ni captar, ni desviar, ni poseer a los actos no-ideológicos, porque su política precisamente consiste, como suele decirse, en una no-ideología.

Son formas de actos políticos no-ideológicos: la marcha pública, la organización autogestionada, los “verdurazos”, la toma de un establecimiento, el happening. El listado no es exhaustivo y dista de serlo. En efecto, de un tiempo a esta parte, este tipo de prácticas de naturaleza no-ideológica, caracterizadas por suscitar *el mayor grado de inconformidad con un grado nulo de violencia*, se han vuelto paradigmáticos para cualquier clase de praxis emancipadora. Es más, existen grandes acontecimientos políticos, de agenda anual, que deben regularse forzosamente *sin* ideologías, como es el caso del “Encuentro Nacional de Mujeres”.

Podemos decir que *un acto político del tipo no-ideológico será, entre otros actos políticos humanos de su especie, un tipo de acto político de clase emancipadora.*

Los actos no-ideológicos no son, por cierto, simplemente opuestos a los actos ideológicos, porque ambos *pertenecen* a la esfera de lo político. Es más, la causa del valor político que adquieren los actos no-ideológicos estriba en que son inclasificables para el poder político. Es decir, no es que el acto no-ideológico sea político *a pesar* de que no se identifique con el poder político ideológico, sino *justamente* por ello. En efecto, el poder político, indefectiblemente ideológico, no posee el patrimonio de lo político.

Ahora bien, si no definimos al acto político ideológico como tal, será imposible definir al acto político no-ideológico en sí. Es preciso aclarar, antes de avanzar, qué es un acto político ideológico.

*

Una ideología es una asociación entre hombres con grado de intensidad suficiente como para establecer fraternidad entre ellos. Desde luego, no cualquier tipo de fraternidad intensa entre hombres será ideológica. Una fraternidad será ideológica, en todo caso, *en la medida en que sus intereses se cumplan en vistas de constituirse en un poder político, es decir, en vistas de competir, con las otras fraternidades de su tipo, por la conducción del Estado.*

Tal como las conocemos, las ideologías nacieron en un período específico de la situación del mundo, digamos pre-moderno, cuando el *dogmatismo* era dominante. Ser dogmático, por lo demás, equivalía a sostener que esto o aquello —un acto cualquiera o un acontecimiento cualquiera, dado o provocado—, tiene lo que se denomina una “razón suficiente”, es decir, un principio de razón *mayor* a su ser, *metafísica* desde luego, depositada en un ser Absoluto. El ser Absoluto era *un ser metafísico, aunque de existencia incontrovertible para la razón, en cuya dimensión de su ser lo que es, es absolutamente*. Pues bien, los *entes metafísicos* de naturaleza “absoluta” pululaban entre los hombres de aquella época, y eran tan influyentes y se presentaban de manera tan natural para ellos, como en la actualidad pululan y se presentan

naturalmente para nosotros las redes sociales y la Web. Un comunista podía decir «*el Estado debe manejar los medios de producción, de otra manera no se pueden cubrir las necesidades sociales*», un liberal «*el mercado debe manejar todo, asimismo las ideas deben diversificarse, es la única manera de generar capitales y riqueza*», un anarquista «*la mayor servidumbre voluntaria de los hombres es el Estado*», y así. Ahora bien, estas declamaciones no eran un simple *discurso*, sino que más bien representaban para cada una de ellas una especie de ideario de conducta, indemne al cambio de la situación, que adoptaban como paradigma de praxis emancipadora. En efecto, la persona que actuaba conforme a estas premisas ideológico-metafísicas, lo hacía cobrando conciencia de una “realidad objetiva”, como si se empoderaran de una especie de *secreto* que impulsaba la sucesión real de los acontecimientos históricos, y así, disciplinándose al ideal absoluto, acababan identificándolos con sus fines. Sin embargo, el dogmatismo cayó con el cambio de la situación del nihilismo moderno, aunque de todos modos las ideologías persisten. Claro que la persistencia de las ideologías está teñida de cierto anacronismo, como es el caso, por lo demás, de todo lo que persiste a los cambios de la situación. En efecto, sobre las ideologías recae la misma crítica que la modernidad acometiese a la religión o la teoría del conocimiento. Después de la *Crítica de la razón pura* de Kant, cualquier tipo de Absoluto, como cualquier metafísica, quedaría invalidada porque para los filósofos el mismísimo *principio de razón suficiente* sería expulsado del dominio de la razón. De esta manera, la metafísica quedaría acusada directamente de formar parte de la literatura fantástica y las ideologías de ser otro de los tantos inventos de la metafísica. Si la religión se ha encerrado en una especie de “feísmo”, de fe “independiente de la razón”, las ideologías se han vuelto en nuestros días, por lo mismo, en objeto de un ideologismo fanático. Dicho sea de paso, esto explica, se sabe, por qué nadie reacciona si es acusado de irracional por su violencia religiosa o política: *porque se supone que sus acciones tienen dominio fuera de la razón*. En efecto, a un fanático del tipo religioso o del tipo político, siempre que se lo acusa de violento o de abusar de

su poder, se lo acusa porque son violentas o porque son abusivas sus actuaciones, pero nunca porque las normativas de sus actos sean irracionales.

Como sea, el asunto es que estamos en una época de posiciones ideológicas neoclásicas, pero también de nuevas posiciones ideológicas. No se cumple, en todo caso, la creencia de aquellos, según la cual, suponían que éste sería el tiempo del fin de las ideologías o del fin de lo político como tal, son todas charlatanerías. *Cuando a la política se la echa por la puerta* —reza el lugar común— *entra por la ventana*.

*

Es evidente de que todos los que se congregan a un acto político no-ideológico, como el de una marcha pública, por ejemplo, son, de alguna u otra manera, pertenecientes a una ideología. Naturalmente, nadie debe ser necesariamente *sin* ideologías en la actuación no-ideológica. La negación de lo ideológico en el acto no-ideológico, por cierto, no implica ser-*sin*-ideologías, como tampoco implica una anti-ideología. En efecto, en una marcha pública o en una organización auto-gestionada, declamar ser anti-kirchnerista, anti-macrista, o declamar no tener ideologías, no es consecuente con el acto político no-ideológico que la caracterizan. La negación de lo ideológico en el acto político no-ideológico es, de esta manera, una negación especial. El carácter especial del acto de negación de lo ideológico que caracterizan a los participantes de una marcha pública o de la toma de un establecimiento, no se define, entonces, como en el caso de la ideología, como una asociación entre hombres con grado de intensidad suficiente como para establecer fraternidad entre ellos, sino que más bien se define, en todo caso, como el *mayor grado de fraternidad entre fraternidades diferentes*.

Por otra parte, se sabe por Carl Schmitt que lo político es una distinción entre el amigo y el enemigo. En este sentido, hay que admitir que la variedad ideológica de la Argentina puede explicarse bastante bien según esta presuposición. Sin embargo, los actos políticos no-ideológico son *acontecimientos de alto grado de politización sin enemistad entre las asociaciones de hombres que participan de él*. De guiarnos por esto, todo pareciera indicar que,

el acto político no-ideológico, en tanto es el mayor grado de fraternidad entre fraternidades diferentes, realiza, en oposición a los presupuestos schmittianos, una suerte de *destinada amistad entre todos los enemigos o transformación del enemigo en amigo*.

Si debemos ser contemporáneo del veredicto de nuestro tiempo: ¿asumiríamos que no habrá revolución? Debemos renunciar a ella de ser así, tras lo cual, queda por defecto un único reducto para el potencial emancipador: la relación que ciertos actos particulares guardan con el estado de la situación. En efecto, los actos no-ideológicos, una relación singular de exclusión, contracción y desconexión respecto de las acciones del poder político ideológico, detentan hoy día las potencias emancipadoras.

Una vida no-política, tal vez, no sea posible fuera del ámbito de la vida privada (*zoé*), pero sí es posible una vida pública (*bíos*) de una praxis política exclusivamente de carácter no-ideológico. En efecto, el verdadero que obsequia su producción en la plaza o la mujer que participa en el Encuentro Nacional de Mujeres, hacen circular altos grados de potencia emancipadora. Y esto es así, no a pesar de que sus actos no sean ya convocados, ya apoyados, ya dirigidos por un poder político ideológico, sino justamente por ello: porque sus actos no son convocados ni dirigidos por ninguna clase de ideología es que gozan de efectividad emancipadora.

¡QUÉ OSADA ERES!

*“CUBRE LA MEMORIA DE TU CARA CON LA MÁSCARA DE LA QUE SERÁS Y
ASUSTA A LA NIÑA QUE FUISTE.”*

ALEJANDRA PIZARNIK

*“LA JOVENCITA ES LA ESCLAVITUD FINAL,
AQUELLA POR LA CUAL SE HA OBTENIDO EL SILENCIO DE LOS ESCLAVOS.”*

TIQQUN

Antígona y *Electra* son las tragedias más especiales de Sófocles [496-406 a. de C.]. Y lo son por el hecho de que tratan sobre los conflictos en que suelen inmiscuirse las distintas esferas de lo religioso, lo político y lo militar, que representaba la problemática central del momento en que Sófocles escribía. En aquel entonces, a los griegos les inquietaba la relevancia que pudieran tener los dioses en los asuntos de la *polis*, y lanzarse a construir obras trágicas con este tema, si bien requería de un ingenio importante, porque el público estaba al tanto de todo al respecto, resultaba ser muy valioso sobre todo por su oportunismo. Pues bien, tanto fue el prestigio que Sófocles obtuvo con su oportuna *Antígona* —la primera de las dos obras, representada en 442-441 a. de C.—, que los atenienses lo eligieron general del ejército, dando cuenta, desde luego, de la importancia que un poeta tenía, dicho sea de paso, para los griegos.

Para lograr semejante éxito, Sófocles introduce en *Antígona* y *Electra* dos elementos singulares, que les son comunes, y que representan una verdadera extrañeza, por cierto, no sólo para con el resto de su obra sino incluso para el género completo.

Un elemento singular que Sófocles introduce en estas tragedias, es el hecho de que los soberanos al mando del trono no son hijos de reyes, y en quienes, por lo tanto, su relación con el poder es más bien diletante, aficionados por la cercanía que mantienen con él. En este aspecto *Antígona* y *Electra* son los opuestos extremos a *Edipo Rey*, la obra maestra de Sófocles, en donde los soberanos que allí aparecen alcanzan una grandeza épica espectacular, casi inalcanzable en términos históricos. En el caso de *Electra*: Egisto, amante de la reina, se convierte en soberano tras asesinar a Agamenón, rey de Micenas; en *Antígona*: Creonte, hermano de Yocasta, madre y mujer de Edipo, rey de Tebas, quien también se convierte en soberano tras el destierro de Edipo y las muertes prematuras de Polinices y Eteocles, sus hijos varones herederos al trono.

Otro elemento singular que Sófocles introduce en *Antígona* y *Electra* es, tal vez, el elemento por el cual las obras se vuelven todavía más especiales que con la mencionada mediocridad de sus soberanos. El elemento que vuelve tan especiales a estas dos tragedias es el hecho de que sus héroes no sean varones, sino heroínas, mujeres.

Desde luego, la tradición encierra todo, y ya ocurrió en otro tiempo que estas heroínas griegas adquirieran cierta autoridad para la vanguardia. Pero situándonos en la sociedad actual, en la cual, todo el mundo sabe, la mujer es, su postergada reivindicación, el acontecimiento universal del momento —al que sólo puede comparárselo recientemente con la caída de las Torres Gemelas en el 2001, o, un poco más atrás, con la caída del Muro de Berlín en el 1989—, estas dos tragedias de Sófocles protagonizadas por mujeres, en las cuales se intenta resolver problemas centrales para la sociedad antigua, deberían tener, sin mayores pretensiones, algo para decírnos, o al menos representar una buena excusa para leer a los griegos.

*

Escritas muchos años antes de la famosa comedia de Aristófanes, *Lisístrata* (“la que disuelve el ejército”), que cuenta primera huelga sexual de la Historia, *Electra* y *Antígona* de Sófocles, tienen mucho para deciros, en efecto, de la histórica tiranía del varón hacia la mujer, precisamente porque, y es algo que se hace evidente de sus lecturas, la posición de la mujer, social, religiosa, política y militar, que son los asuntos de las dos obras, no se ha modificado en absoluto en lo que van de estos 2.500 años que pasaron de sus estrenos en la Antigua Grecia.

Antígona, hija de Edipo, rey de Tebas, es condenada a muerte por inanición en una bóveda, sin entierro, por dar los rituales religiosos al cadáver de su hermano, Polinicies, quien había muerto en enfrentamiento con su otro hermano, Eteocles, quien también fenece en el hecho. El asunto es que, luego del destierro de Edipo, al trono de Tebas lo ocupaba Creonte, tío de los hermanos de Antígona, quienes eran formalmente los herederos reales pero que estaban enfrentados entre sí. Polinicie ataca Tebas aliado con otro ejército, conducta por la cual, tras su muerte, Creonte ordena no darle entierro —a diferencia de su otro hermano, Eteocles, quien muere en combate defendiendo el reino de Tebas—, y, además, ordena la pena de muerte sin entierro para aquél que se compareciese de él. Cuando Antígona decide desobedecer las órdenes del soberano, atendiendo que Polinicie, como su otro hermano Eteocles, merecía religiosa sepultura, entonces se desencadena la tragedia, arrastrando en ella también al suicidio de Hemón, hijo de Creonte y prometido de Antígona.

Ismene, la hermana menor de Antígona, en el papel de la jovencita prometedora y hermosa, que contrasta con la aspereza y la desfachatez de Antígona, la acusa de romper con su estereotipo:

¡Qué osada eres! Nosotras —le dice— llegaremos a morir con la más grande infamia si llegamos a transgredir la decisión o las imposiciones del soberano. Conviene darse cuenta de que nacimos mujeres, no estamos preparadas para combatir contra hombres.

Creonte, el soberano, refiriéndose a Ismene y a Antígona:

En mí no ha de mandar una mujer... En mi palacio, subrepticias como víboras, trataban a escondidas de chuparme la sangre ¡Nunca pude darme cuenta de que estaba criando los instrumentos para la subversión del trono!

Refiriéndose a Hemón, su hijo:

Jamás tires por borda tu magnífica sensatez por el goce de una mujer. Tienes que darte cuenta que una mujer malvada que comparte el lecho resulta para su esposo un grillete helador. Pues ¿qué cáncer peor puede haber que un amigo perverso? Escupe a Antígona como se escupe a un enemigo y déjala que algún muerto la despose en el Hades... Hay que defender lo ordenado, hijo, no hay que dejarse avasallar ni por lo más remoto por una mujer, pues es preferible, llegado el caso, ceder a las presiones de un hombre, pues, en ese caso, no seríamos tachados de vasallos de mujer alguna.

(Para algunos, por cierto, la solución político-religiosa a la tragedia de Antígona hubiese sido enterrar al muerto, pero fuera del territorio tebano.)

Después; Electra, hija de Agamenón, rey de Micenas, siendo muy joven tuvo que afrontar el drama familiar del regicidio de su padre en manos de Egisto, el amante de la reina, Clitemnestra, su madre. Como su hermana Crisótemis se muestra indulgente ante el crimen del padre, Electra se encarga de proteger a Orestes, su hermano menor recién nacido, del inminente

peligro que corría siendo el único hijo varón heredero al trono. Decide así enviar lejos del reino a su hermanito, encomendando su cuidado a un súbdito fiel de Agamenón, dándole instrucciones de enterar al infante de lo sucedido, para que, en un futuro, pueda volver a Micenas a vengarse y restituir el bien de la familia real. Veinte años después, Orestes regresa a Micenas y desencadena la tragedia asesinado a su madre, la reina Clitemnestra, y al amante de su madre, Egisto, el soberano regicida.

A punto de desencadenarse la tragedia, Crisótemis, en el papel de la jovencita que contrasta con el aspecto rudo de su hermana —**lo mismo que Ismene respecto de Antígona**—, le dice a Electra, quien auspicia entusiasmada la empresa asesina de su hermano:

Si he de vivir libre hay que obedecer en todo a los que mandan. ¿En dónde puedes tener puesta tu mirada para que te armes de tanto valor y me invites a mí a apoyarte? ¿No te das cuenta? Naciste mujer y no varón, serás siempre menos potente en fuerzas que te respalden. La suerte, hermana, que a ellos les es favorable día tras día, a nosotras se nos escurre y no nos viene por nada. En estas condiciones ¿quién que planee someter al soberano escapará indemne de castigo?

Orestes, en el momento de entrar en acción, trata de prevenir a Electra, presa de la *hybris*, diciéndole:

ORESTES.—Guarda silencio y espera.

ELECTRA.—¿Qué pasa?

ORESTES.—Es mejor callar, no sea que desde casa nos oiga alguien.

ELECTRA.—¡No, por Artemisa, la siempre indómita, jamás admitiré tener miedo a esto, al lastre de las mujeres que están siempre dentro de casa!

ORESTES.–Con todo y con eso observa que Ares, dios de la guerra, se instala también en las mujeres.

*

La historia de *Electra* venía contándose desde distintos ángulos en la tradición griega anteriormente a Sófocles. Esquilo, por ejemplo, abordó en la *Orestiada* la temática de los designios del poder religioso de los dioses. Pero Sófocles altera un poco la historia. El final que concebía la mitología era que Orestes había sido castigado por Egisto, quien sobrevivía en el trono, por ejecutar la venganza del regicidio de su padre, pero no ya con él sino sólo con el crimen de la reina Clitemnestra. La historia es básicamente la misma. Sin embargo, Sófocles elimina el final clásico del castigo inherente al crimen de Orestes por matar a la madre, en clara señal de una secularización de la temática: de la ligazón de los dioses con la *polis* a través del ámbito y de los lazos de familia (*zoé*), que aún persistía en Esquilo, pasando a un ámbito humano exclusivamente político (*bíos*) con el crimen del soberano.

Ahora, para que estas obras antiguas puedan significar algo para nosotros, debemos tener en claro que el sello histórico de la mujer, si bien goza de total necesidad, no proviene de alguna clase de razón histórica, a saber, del *Aufhebung* hegeliano o de la “cita con el pasado de la tradición de los oprimidos” planteada por Benjamin. En todo caso, como veía las cosas Jean Paul Sartre, el sello histórico que la mujer está dejando proviene exclusivamente de la praxis política que ejercieron, de un tiempo a esta parte, en las calles o en cada uno de sus hogares, bajo el cielo y las circunstancias que en suerte les tocase vivir. Es decir, no es *a pesar* del desenfado radical de las mujeres: la quema de iglesias, las intervenciones frente a las dependencias del Estado u otras actividades asumidas en militancia (algunas de ellas extremadamente violentas), sino que es *justamente* por estas actividades por lo que hablamos de la mujer como el sello histórico del momento. Sin embargo, y precisamente porque el feminismo es un acontecimiento histórico decisivo, no cabe ilusionarse con poder orientarlo a gusto hacia algún u otro lugar. En efecto, no puede haber un feminismo militante que se arroge

una especie de autoridad moral respecto del acontecimiento con intenciones de orientarlo, así como, por otra parte, no hubo manera de orientar la violencia de la revolución rusa, o como, ya si se quiere, no hubo manera de orientar la violencia del nazismo³ —o sea, de orientar a la revolución o de orientar al mesianismo—, cuya pretensión puede llegar incluso a impugnar y hasta boicotear al acontecimiento.

*

Es indudable que *la mujer contra el poder soberano patriarcal es el mayor grado de irreverencia que puede alcanzarse*. Quiero decir: el grado de oposición que se genera en el enfrentamiento de la mujer contra el varón, es mayor que el grado de oposición que se genera entre el varón contra el varón o el que se genera entre la mujer contra la mujer, y que entonces la mujer contra el poder soberano patriarcal será, en efecto, el mayor grado de oposición, el mayor enemigo que puede constituirse contra él, *la mayor infamia*, tal cual Ismene le dice a Antígona. Por otra parte, *no hay nada más machista que una mujer machista. En efecto, la guerra de la mujer contra la mujer es una guerra que no nunca debe darse*. **Sucede que** Ares, dios de la guerra, también se instala en las mujeres. Es decir, la mujer puede ser cómplice de la violencia que el varón ejerce contra la mujer en su ímpetu soberano, que es precisamente de lo que intenta prevenir Orestes a Electra antes irrumpir en el palacio.

*

Desde luego, Antígona es víctima de femicidio desde nuestro punto de vista, al igual que, de algún modo, se torna un femicidio el asesinato de Clitemnestra, la reina, en manos de su hijo Orestes, para el cual, por motivos religiosos, como hemos dicho, el mito ya contemplaba un castigo. Debemos imaginarnos la imagen de Antígona en los escaparates de las marchas de *Ninguna menos*. Ahora bien, si pudiéramos identificar una acción concreta del poder en la mujer, ¿qué diríamos? Pues bien, todo pareciera indicar que el poder, en nuestras sociedades

³ Tal como ocurrió con el célebre fracaso de Martin Heidegger cuando, en 1933, el nazismo lo llevó a la experiencia del Rectorado de la Universidad de Friburgo con la intención de orientarlo.

del *Espectáculo*, ha encerrado a la mujer en el dispositivo del estereotipo de la *june fille*, esto es, el ideario de la joven bella, como al varón lo ha encerrado por su parte en el estereotipo del guerrero joven. En efecto, el *estereotipo de la Jovencita es un producto del goce machista patriarcal*. Sólo una ruptura con la “Jovencita” —cuya cuestión está íntimamente relacionada con la filosofía de género, como lo denuncia Tiqqun—, logrará aumentar la potencia de la mujer. “El silencio de los esclavos” obtenido por la Jovencita en estos tiempos, si se quiere, entran en el papel de Ismene y Crisótemis, pues, en efecto, es el mayor emblema histórico de la dominación sobre la mujer, de suerte que, una estrategia para aumentar la potencia deberá tenerla seriamente en claro.

*

A los antiguos griegos les gustaba creer que las pesadillas se disipaban si uno las contaba con las primeras luces del sol a alguien, evitando de esa manera los malos augurios que pueden traer consigo. En efecto, conviene quizás contar, hablar, seguir hablando bajo el nuevo sol de la coyuntura, contar la pesadilla que representó durante siglos y siglos de civilización occidental y oriental para la mujer. *La única manera de alcanzar la potencia consiste en ponerse en el lugar de una pura novedad, de cubrir la memoria con la máscara de los que seremos y asustar a los que fuimos, como dice Pizarnik.*

El otro no es un enemigo ni lo político es el producto de la enemistad. El otro es (la mujer para el varón o el varón para la mujer), en cualquier caso, la posibilidad del amigo. Varón y mujer deberán conducir la coyuntura a una fraternidad especial, cuya potencia aún está por verse.

LA INFANCIA EN LOS TIEMPOS DE CAMBIOS

"LO QUE TIENE SU PATRIA ORIGINARIA EN LA INFANCIA DEBE SEGUIR VIAJANDO HACIA LA INFANCIA Y A TRAVÉS DE LA INFANCIA."

GIORGIO AGAMBEN

"QUE EL HOMBRE NO PIERDA LO QUE DE NIÑO TUVO."

HÖLDERLIN

La infancia siempre ha suscitado un gran asombro, al punto incluso de ser considerada un enigma. Del latín *infans*, basado en el verbo *for* (hablar, decir), infancia (*in-fancia*) significa “el que no habla”. En efecto, el enigma que la infancia instituye se debe a que el hombre, se sabe hombre y testimonia de sí en la medida en que habla.

Rodrigo Fresan dice en *Mantra* que de niños nos hacemos treinta y tres preguntas por hora y que, con el paso del tiempo, cada vez nos preguntamos menos cosas porque el adulto brinda inmediatamente el repertorio de las respuestas, incluso antes de que se nos ocurra cuestionar lo que sucede o nos rodea.

En efecto, todo pareciera indicar que, acabada la infancia, desde sus primeros *actos de habla* el niño se lanza a cuestionar el mundo con total avidez, inmerso en una especie de inquietud universal, y que desde entonces nos introducimos inexorablemente al mundo del

adulto en donde, al cabo de un tiempo, uno se pregunta por preguntar o no se pregunta nada directamente.

Los lingüistas señalan, dicho sea de paso, que, en la salida de la pura lengua edénica, por así decirlo, del infante, el niño forma sus primeros balbuceos con los fonemas de todas las lenguas del mundo.

En cierto sentido, esto coincide con aquella conmovedora idea de Walter Benjamin en *Hachís*, según la cual, la primera experiencia que el niño tiene del mundo “no es que los adultos sean más fuertes, sino: su incapacidad de hacer magia”. Indudablemente, el niño vive inmerso en un mundo mágico, de manera que entonces, el contacto con el mundo “real” de los adultos estará siempre teñido para él —para el niño— de cierta tristeza y desconcierto, por el anuncio constante que tiene de la imposibilidad de que para ellos —para los adultos—ocurra algo verdaderamente fuera de lo natural que repose en su propio misterio.

De cualquier manera, lo cierto es que la construcción del sujeto del niño en el lenguaje y a través del lenguaje, es la expropiación de la infancia del hombre, ya que, desde sus primeros balbuceos será siempre un hablante.

*

Según se sabe, para la Antigüedad la infancia era muy importante. En efecto, la *mímesis*, esto es, la capacidad de imitar la naturaleza, era para la Antigüedad una facultad tan esencialmente humana como para la Modernidad, digamos, lo es el conocimiento. Pues bien, la infancia resultaba importante para ellos porque creían que el poder de *mímesis* era de mayor grado en el origen, es decir, en la niñez, y que iba en creciente declinación a medida que la persona avanzaba en edad. Al revés de lo que ocurre con el moderno para con el conocimiento, para los antiguos, el recién nacido estaba dotado de la plena posesión de la facultad de *mímesis*, logrando una perfecta adecuación con la configuración del cosmos, y siendo así, en todo sentido, superior al grado de *mímesis* que en suerte pudiesen alcanzar los adultos.

Sin embargo, para la Modernidad la infancia no fue importante. Considerada sólo en relación al conocimiento, ha sido relegada al menor grado de humanidad, casi al nivel de una *otredad* para la especie, vinculada más bien con los estados de ebriedad, la locura o la demencia en el adulto. La infancia así, para el período del racionalismo absoluto, estaba directamente apartada de la forma humana como forma del no hablante, en un ámbito de completa extrañeza. Por eso hasta Barruch de Espinosa [1632-1677], filósofo universal, pudo escribir en la *Ética*:

¿Qué diremos pues de los infantes? Cualquier hombre de edad avanzada cree que la naturaleza de estos es hasta tal punto diferente de la propia, que no puede convencerse de haber sido alguna vez un infante, si a través de una conjectura no proyectase sobre sí mismo la condición de los otros.

Nuestro mundo contemporáneo, por suerte, ya no considera la niñez como una *otredad*, al contrario, su estado representa la humanidad por autonomía. Hoy también, nuevamente un poco de acuerdo con la antigüedad, entendemos que *la potencia del pensamiento está separada del hombre*, de manera que deja de ser para nosotros enigmática la infancia, precisamente porque, *en su condición de no hablante, el niño muestra el hecho de estar separado de la potencia*. Es fácil pensar que los durmientes, los locos, los drogadictos y los infantes están separados de sus potencias, pero resulta que dicho estado de separación de la potencia, representa en realidad la condición misma del ser humano en el cosmos. Al respecto, uno de los mejores filósofos jóvenes de Europa, Emanuele Coccia, escribe en *Filosofía de la imaginación*:

La filosofía, por fin, fue capaz de advertir el carácter infantil de la humanidad. La potencia del pensamiento y del conocimiento existen, sin presuponer una actividad de producción de conocimiento y sin ningún

saber actual: un infante *puede* conocer sin disponer de ningún saber y sin ejercer efectivamente una actividad de conocimiento. Así, pensar no significará poseer un saber sino relacionarse con algo posible, con una potencia: un infante, pues, no sabe ni piensa en acto, sino que está en relación con la posibilidad de todas las ideas y de todos los pensamientos, es decir, está unido a la potencia de todas las formas posibles de pensamiento.

Más aun, la infancia es importantísima para nuestro mundo contemporáneo, ocupando un lugar políticamente privilegiado. Giorgio Agamben plantea en *Infancia e Historia*, decisivo y bellísimo ensayo, una teoría de la infancia, según la cual, esta es *el lugar donde sobrevive la experiencia que la época del hombre moderno ha destruido*. De acuerdo con el célebre diagnóstico de Benjamin, a saber, que la guerra mundial había significado una *destrucción de la experiencia*: “la gente regresaba enmudecida —había dicho Benjamin— no más rica, sino más pobre en experiencias comparables”, de acuerdo con esto Agamben intenta dilucidar cuál es el ámbito humano en que la experiencia aun tendría lugar. Pues bien, en el intento de recuperar, de hallar hoy, mejor dicho, la experiencia del hombre que ha sido destruida por la guerra, hoy, es decir, en pleno mundo globalizado y esnobista —un mundo en el cual, dice, “frente a las mayores maravillas de la tierra (por ejemplo, el patio de los leones en la Alhambra), la aplastante mayoría de la humanidad se niega a adquirir una experiencia: prefiere que la experiencia sea capturada por la fotografía”—: Agamben propone *la infancia como el lugar en donde dicha experiencia perdida tendría su lugar*. Y como experimentar es, desde luego, producir historia, entonces, *el hombre desprovisto de experiencia estará en efecto desprovisto de historia*.

Volver a acceder a la infancia, significará entonces acceder a “la patria trascendental de la historia”. En efecto, el hecho de que el hombre tenga que *apropiarse* del lenguaje, precisamente en ese “hiato” que la infancia le produce, al no hablar en ese “intervalo” de

“discontinuidad”, es por lo cual existe la historia para el hombre, en donde, efectivamente, puede darse *el paso de la lengua al habla, del lenguaje al discurso*, como entienden los lingüistas, y en donde por lo demás puede surgir fuera del influjo infinito de las palabras en consecuencia algo nuevo. Dice Agamben:

Imaginemos a un hombre que naciera ya provisto de lenguaje, un hombre que desde siempre fuese hablante. Para tal hombre sin infancia, el lenguaje no sería algo preexistente de lo que debe apropiarse, y para él no habría fractura entre lengua y habla, ni devenir histórico de la lengua. Por eso mismo, un hombre así estaría inmediatamente unido a su naturaleza, sería desde siempre naturaleza y no encontraría en ninguna parte una discontinuidad y una diferencia donde pudiera producirse algún tipo de historia.

De esta manera, debemos acostumbrarnos a ver al niño en el modo en que lo veía Deleuze, como una máquina que produce, merced a su deseo, “conexiones maquínicas” con todo el aparato del *afuera* que lo atraviesa: *al mismo nivel en que las produce el adulto*. Deleuze entiende que “no hay deseo del niño y deseo del adulto”, lo cual significa que no se puede establecer una distancia de especie entre los dos, o, peor aún, reducir la vida del niño a la interpretación relativa al mundo consumado del adulto. “Un niño que juega a la pelota o juega a la rayuela —dice Deleuze en *Derrames*— es todo un sistema, bloques de infancia en estado vivo, en estado actual.” Y como el *afuera* es, desde luego, pura multiplicidad de investimentos de todo tipo, familiares, sociales, ambientales, políticos, etcétera: *la vida del niño es tan política como es la vida del adulto*. Esto significa, para dar un ejemplo, que no sólo Diego Armando Maradona, como se ha dicho, en los goles que les anotó a los ingleses en el Mundial del 86’ puso en juego todos los investimentos sociales y políticos en relación a la guerra de Malvinas acaecida

tres años antes, decía, no sólo el adulto: *también el niño, en tanto niño, vive lo social y lo político en su experiencia de jugar a la pelota o de jugar a la rayuela.*

*

A la luz de estas consideraciones, preguntémonos ahora: ¿cuál es la relación de la infancia con el poder político?, o sea, ¿cuál es la acción del poder político sobre la vida del infante? Evidentemente, estas preguntas sólo pueden formularse de manera diacrónica, es decir, en una línea histórica según la acción del poder en las distintas épocas y en los distintos territorios de los que se trate. De modo que entonces, las preguntas formuladas correctamente para el último período de la historia contemporánea en Argentina serían: ¿cómo ha sido la infancia en la dictadura?, ¿en el regreso de la Democracia?, ¿en los 90'??, ¿en la caída de Fernando De La Rúa?, ¿en el kirchnerismo?, ¿en el cristinismo?, y, finalmente: ¿cómo es la infancia en los tiempos de Cambiemos?

Pues bien, en la dictadura, el infante —sobre todo el infante, pero también el niño— podía ser expropiado de sus padres y entregado al cuidado y educación de sus captores, en el enfrentamiento que el terrorismo de Estado llevaba a cabo contra la ciudadanía. (Este detalle siniestro, por cierto, es una característica original del terrorismo de Estado argentino, ya que, hasta ese momento, los genocidios de las dictaduras habían sido perpetrados *sin* la apropiación de los hijos, quienes eran sencillamente exterminados junto con sus padres, representando esto supuestamente, según Foucault, el origen *racista* —es decir, biológico— del nazismo, punto de vista totalmente incompatible con el hecho de la apropiación de los hijos.) En los 80', tras el recupero de la democracia, el infante sólo pareciera acompañar el espanto del adulto por la política, rayano en la indiferencia y el resquemor, luego del desastre que representó el Terrorismo de Estado y el corolario de la guerra de Malvinas, a pesar del *Nunca Más*. En los 90', la infancia también sólo pareciera acompañar el frenesí de los adultos por el libre mercado y por la frivolidad, en un mundo donde la política (la realidad, mejor dicho) había sido reemplazada por el capitalismo. En el período que va de la caída de Fernando De La Rúa y el final del primer

año de gobierno de Néstor Kirchner, la infancia fue testigo de una especie de situación bisagra para los adultos, en la cual, habían tocado fondo en su manejo del país, pero que, de alguna manera, ellos, los niños, no estaban comprometidos. Del segundo año de kirchnerismo y durante toda la meseta cristinista, la infancia resultó ser paradisíaca, ya que por fin pudo vivir el niño a la par del adulto una verdadera *primavera política*. Hasta que llegamos a la infancia en los tiempos de Cambiemos, pues, como todo el mundo sabe, a finales de marzo del 2016, el gobierno, a sólo tres meses de su asunción —aunque, por cierto, ya con una Corte Suprema *adicta* a su disposición—, con la mayoría de los tres tercios del senado sancionó el proyecto de ley para el pago de la deuda a los *holdouts*, embargando así la soberanía por cien años y postergando en igual plazo el futuro de la niñez en la Argentina⁴. En efecto, la deuda que contrajo la dictadura (incluyendo el costo macabro de su soberanía) al lado de la deuda que contrajo Cambiemos queda como un juego de niños, si se me permite la ironía.

La pobreza es, desde luego, el motivo mayor y el desastre mayor del poder político, y en un balance de su acción es fácil pensar que la infancia siempre estará transida por sus consecuencias. De hecho, no hay mayor proselitismo ni mayor sentido de lo político que la lucha contra la pobreza en relación a la niñez, debido a que la pobreza siempre existe. En efecto, la foto de Macri con Melina, la niña, en el basural, cuando aún era Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, para algunos tal vez sea la foto que mejor refleja la desfachatez de su cinismo, aunque, pensándolo bien, mire de donde se la mire y fuera de cualquier interpretación *es la imagen real de la infancia en los tiempos de Cambiemos, junto al cual, en su abrazo, no puede haber sino miseria para los niños.*

*

⁴ Este artículo fue publicado el 22 de abril de 2018. El 8 de mayo de ese año, unos días después, el gobierno de Cambiemos anunció la decisión de iniciar negociaciones con el F.M.I. endeudando a la Argentina todavía más.

Yo tengo, por cierto, dos hijas, una de once años y la otra de dos años. Indudablemente, cada una de ellas tendrá una infancia distinta: la mayor tuvo su infancia en el kirchnerismo y cristinismo de primera hora y la menor tiene la infancia en estos tiempos de Cambiemos. Lotz escribió que «entre las particularidades más dignas de mención del temple humano, cuenta la general falta de envidia del presente respecto al futuro»⁵, es decir, la falta de envidia, en definitiva, a otras épocas. Si bien esto es verdad, lo cierto es que puedo imaginarme a mis hijas dentro de algunos años comparando sus infancias. La mayor le dirá a la menor que su infancia fue paradisíaca, y que en cambio la suya —le dirá a la menor— fue una de las peores infancias de la historia. Entre ambas evidenciarán entonces el mayor grado de contraste históricos que hemos tenido y que les tocó en suerte, el contraste entre la felicidad primaveral kirchnerista y el endeudamiento salvaje de Cambiemos. Por otra parte, en la misma novela en que Fresan dice que en la infancia nos hacemos muchísimas más preguntas, también dice que “el carácter de las generaciones se templa según sean los juguetes que existen para ellas en el tiempo que les toca vivir”. Así pues, la mayor le dirá a la menor que ella vio salir la Tablet, con la cual hizo miles de videos al aire libre, y que miraba “Fútbol para todos” con papá en el marco de una felicidad incomparable, y que en cambio ella —le dirá a la menor— sin bien jugaba encerrada en pantallas de celulares y veía Netflix, cosa envidiable para cualquier infancia, escuchaba sin embargo que en las canchas se gritaba “¡Mauricio Macri La Puta Que Te Parió！”, y que ella —la menor— lo repetía a los gritos.

Puedo imaginarme aquel diálogo entre mis hijas; sin embargo, espero lo mejor. Por lo demás, es de muy mal gusto ya ser oscuro o ser apocalíptico con la infancia.

*

Para concluir, imaginemos la infancia de los argentinos de un futuro remoto. Hay algo que es seguro: si hoy la infancia ocupa un lugar políticamente privilegiado, en efecto, si la infancia para

⁵ Citado por Benjamin en la segunda de sus celeberrimas *Tesis sobre la Historia*.

nosotros es la instancia mayormente política del hombre porque el lenguaje interrumpe su poder y es posible la Historia, si el niño verdaderamente es «todo un sistema», como dice Deleuze, y podríamos aventurar, en definitiva, si el niño es El Sistema, la infancia será en consecuencia la que llevará a otro puerto a la Argentina, la que llevará a cualquier país a otro puerto, y la llevará, en cualquier caso, de la infancia en los tiempos en que ha creído obtener la felicidad, en el pasado, y, a través de ella, a través de esa infancia en el pasado, la llevará otra vez a una infancia en el futuro que cuente su historia esperando otra vez la felicidad.

CRÓNICA BOLUDA DE UN MAJE A BUENOS AIRES

"TANGO QUE ME HICISTE MAL."

FITO PAEZ

"NOTABLE, MISTERIOSO, TAL VEZ PELIGROSO,

TAL VEZ REDENTOR CONSUELO DE ESCRIBIR."

FRANZ KAFKA

Lunes 28 de mayo a las 11:00 de la mañana. Acabo de llegar a la Ciudad de Buenos Aires. Me quedaré tres días, es decir, hasta el jueves. Vine a trabajar. Debo encontrarme un par de veces al día en un sitio, muy cerca de aquí, a menos de dos cuadras del hotel donde me alojo, en la Avenida de Mayo al 1400. Entré a mi habitación, dejé mi equipaje sobre la cama, y lo primero que hice fue prender la televisión y poner el noticiero sin volumen, luego puse música en mí celular y, en una mesita individual que hay cerca de la ventana, me senté a escribir. Siempre que estoy en Buenos Aires escucho Charly García (el mejor de todos), Fito Páez y tango. En el noticiero anuncian para mañana el partido de despedida (¡en la Bombonera!) de la Selección Argentina de Sampaoli rumbo al Mundial de Rusia. Llueve. Tengo mala suerte, no podré caminar, como tenía previsto, hasta el Museo Nacional de Bellas Artes, en la avenida Libertador, y de ahí

hasta el MALBA, en Figueroa Alcorta, para después volver al hotel también caminando. La lluvia no va a ser un gran inconveniente, están pronosticados chaparrones solamente. Al menos creo que voy a poder moverme por aquí en la zona para ir a trabajar y para abastecerme de las diferentes cosas que necesito para la estadía. Eso sí, tendré que comprar un paraguas. Recién, tuve que salir a comprar un equipo descartable de mate porque olvidé el mío en Resistencia (no puedo ser tan pelotudo, siempre me olvido el equipo de mate), y me agarró un chaparrón. La señora de la recepción —muy amable, por cierto, tal vez por mis buenos modales— me ofreció un paraguas y, aun así, con paraguas y todo, terminé mojándome el jean y estropeando mis zapatos. Ahora en el noticiero anuncian para este miércoles, 30 de mayo, la sesión del Senado donde se prevé la aprobación de la ley para retrotraer al 2016 el valor de las tarifas de los impuestos, y a mí me agarra un entusiasmo particular, debo confesarlo. Adoro las escaramuzas de Cristina en el Senado, de un tiempo a esta parte, son para mí una verdadera excusa para tomar cerveza.

18:00 horas. Para mi desgracia, el chaparrón que estropeó mis zapatos fue la única lluvia en todo el día. Ando muy distraído últimamente. Estos zapatos (incomodísimos, por cierto) son los que uso para trabajar, y yo, ¿qué hice?: los traje puestos en el viaje en colectivo y los conservé puestos hasta que se estropearon por la lluvia. Cuando dejé los zapatos cerca de la estufa a gas de la habitación para secarlos me di cuenta de que la estufa estaba apagada. Me calcé unas zapatillas y, alrededor de las 13:30, salí del hotel rumbo al sitio donde tengo que trabajar que, como dije, me queda a menos de dos cuadras. Después anduve por la avenida Corrientes. No compré un paraguas, pero anduve paseando y entré a una librería a comprarme uno de los libros que vine a buscar en Buenos Aires: *Mírame*, la nueva novela de Antonio Ungar, el autor de *Tres ataúdes blancos*. (Afectadas por la situación económica, como está todo, a las librerías de Resistencia no llega nada.) Ungar practica en su nueva novela el voyerismo en primera persona, a la manera en que recientemente Mariano Quirós, autor de tantos éxitos, lo practica en *Una casa junto al tragadero*. Yo había traído para leer *Black, black, black*, una novela de Marta Sanz

de la que ya he leído bastante, la cual me parece un experimento estupendo: una misma historia en tres relatos que se van interfiriendo, pero, la intriga por lo que puede ofrecer la furiosa prosa de Ungar me atrapó, y me han hecho abandonarla momentáneamente. Después de almorzar matambre a la pizza con puré de papas en un restorán por Avenida de Mayo en la esquina de mi hotel, a las 15:00 me acosté a dormir una siesta un tanto descompuesto.

19:25. Me gusta leer novelas, y, de ser posible, leerlas de un solo tirón. De hecho, los días que duran mi estadía en Buenos Aires (vengo a menudo, hace bastantes años) alcanzo un ritmo de lectora ideal y, sin la familia, aprovecho para leer y escribir todo el día. Llevo siempre un libro conmigo y leo en todas partes, y acá, en el hotel, leo hasta cuando me traslado en el ascensor. Se me dirá que esta habitación de hotel es lo más parecido al mito del lector aislado del mundo en una cueva elaborado por Kafka. Todo lo cual, por cierto, me parece muy esnobista. Sin embargo, mi cueva esnobista tiene una nevera llena de latas de cerveza y conexión a Wi-Fi.

20:15. En medio de la espera para volver a salir hacia el sitio de mí trabajo, sentado en la mesita de la habitación leyendo la novela de Ungar y escuchando tango, levanté la vista y vi a Macri (sin volumen) en la televisión. Aparecía hablando en primer plano, como si estuviese dando un anuncio de último momento. Primero no le di bola, pero luego volví a levantar vista y verifiqué que era así, efectivamente: estaba dando un anuncio de último momento. Corté la música del celular, subí el volumen del televisor (la primera vez desde que lo encendí) y lo escuché. Llamaba a los legisladores a no votar el miércoles en el Congreso la aprobación de la ley para retrotraer al 2016 el valor de las tarifas de los impuestos. En un momento determinado, me quedé sorprendido al oírlo decir “y a los legisladores peronistas”, así se refirió, que “no hagan caso a las locuras de Cristina”. Terminé de oírlo (mi cabeza se detuvo, en realidad, con la referencia que había hecho de Cristina) y volví a cero el volumen del televisor. El rostro del presidente en la imagen del televisor se veía ajetreado y torvo, como si estuviese intoxicado o hablando en una cámara de alta presión. Estaba sentado junto a un funcionario plenipotenciario que pareciera no percibirlo, pero que cuando inclinaba su mirada y lo observaba, algo en él, en

el funcionario, se apiadaba al advertir la tensión en el rostro del presidente. Queda claro que, con este doblez, Macri preanuncia un voto presidencial si la ley prospera en el recinto (cosa inexorable a esta altura), y enfoca (otra vez) de lleno la atención en Cristina, forzándola a una respuesta posiblemente muy dura ante las bancas de Cambiemos, o sea, ante Gabriela Michetti —quien especialmente deberá fumársela a Cristina—, disparando una catarata de *memes* que ya circulan en las redes: «Si cagás mientras te duchás, no usás el agua del inodoro ni del bidet y te ahorrás 20 pesos en la factura del agua», «Si comés directo de la olla, te ahorrás lavar los platos, el agua y el detergente», «No hay que tomar Redoxón, porque es de Roche», y así.

22:00. Mañana voy a comprar *La lógica de Copí*, libro oportuno de Daniel Link, otro de los libros que vine a buscar, y un par de novelas clásicas en ediciones excelentes que he visto en oferta.

23:15. Negativo. No voy a poder comprar nada más. Acabo de darme cuenta de que todavía es fin de mes (¡28!) y mi caja de ahorro bancaria está vacía, así que tendré que arreglármelas con la poca plata en efectivo que traje para el viaje. Soy muy boludo. Tengo que tener en cuenta de que debo llevar regalos también. En Resistencia Romina (mi novia) tendrá que arreglárselas con Francesca (nuestra hija) con sólo los mil quinientos pesos que quedaron en la casa. Romina no se dio cuenta tampoco. Tendré que avisarle ahora mismo, antes de que pase más tiempo.

00:30. Cristina le respondió a Macri por Twitter: «Tratar de loca a una mujer. Típico de Machirulo». ¡Jaja! Esa mujer y su habilidad monumental de responder con fino entusiasmo a las críticas. Ahora que lo pienso, Néstor Kirchner era un experto en esto también.

00:50. El día fue así entonces: Llegué al hotel (después de un viaje de mierda, larguísimo, en un colectivo chotísimo) a las 10:00 de la mañana. Dejé mi equipaje en mi habitación (307) y me puse a escribir. Justo en el único momento en el que llovió del día bajé a comprar un equipo de mate y arruiné mis zapatos. Pensé en comprar un paraguas, pero no lo compré. Caminé por

la avenida Corrientes viendo las vidrieras y las carteleras, hasta que entré en una librería y me compré una novela (pagué 575 pesos). A las 14:15 almorcé en un restorán en la esquina del hotel y me cayó para el orto y fue, seguramente, la causa del dolor de cabeza que tengo en este momento. Dormí la siesta de 15:00 a 16:15. A las 17:30 me bañé, pero no me lavé la cabellera (llevo el pelo largo atado con un rodete siempre). A las 18:00 salí apurado del hotel (a las 18.30 cierran los comercios aquí) a comprar sandwichitos de miga y latas de cerveza y los apilé en la nevera de la habitación. A las 00:30 aproximadamente, comenzó a dolerme la cabeza, luego de haber tomado tres latas de cerveza. A las 1:10 decidí acostarme a ver los noticieros (para ver si se me pasaba el dolor de cabeza) y me enteré de la respuesta de Cristina a Macri por Twitter. A las 1:40 decidí levantarme y escribir esto porque el dolor de cabeza, lejos de haber cesado, se había incrementado insoportablemente.

2:05. Hace unos minutos comenzó a tronar como si el cielo fuera a desplomarse. La ventana de mi habitación da a un patio interior del hotel, un patio a cielo abierto de unos quince metros de ancho, de suerte que puedo oír bastante el exterior y puedo ver el cielo. Recién, tal vez por haber oído los truenos, alguien al otro lado del patio bajó bruscamente la persiana de la ventana de su habitación. Me cagué todo... Yo había dejado la novela de Sanz porque no podía leer, y estaba fumando con la ventana abierta, mirando la luz de los rayos entre las nubes a través del cielo del patio, completamente abstraído, cuando de pronto escuché un fuerte:

¡itttrrrrieerrrrrrmmmmmmtttraaaaasssss!!

Un escalofrío me recorrió toda la columna vertebral. Antes no había percibido ninguna actividad en las habitaciones al otro lado del patio, y sentí que la presencia humana contaminaba mi esnobista cueva de escritor. Automáticamente apagué el puchero y tomé la decisión de bajar yo también la persiana, apagar las luces y el televisor, poner la alarma del celular a las 8:00 y acostarme a dormir.

*

Martes 29, 10:15. Me desperté con la primera alarma del celular. Todavía estoy un tanto descompuesto del estómago, aunque por suerte no me duele la cabeza. Me bañé y, ahora sí, me lavé la cabellera. Mis bucles sedosos y brillantes, algo plateados por las canas, lucen admirables cayéndome sobre los hombros. El rodete con el que siempre llevo atado mi cabello, con la barba corta cuadrada, me deja un aspecto de samurái, pero con el pelo suelto quedo re-puto (la gente suele notármelo). Me sentí feliz y silbé fuertísimo una milonga que escuchaba en mi celular. Salí, desayuné en un café ubicado al lado del hotel y eché a andar rumbo al Museo Nacional de Bellas Artes. Según mis cálculos, para llegar al Museo debían llevarme al menos cuarenta minutos yendo a pasos acelerados. No tenía ninguna necesidad de apurarme, tenía una hora y media de plazo para asistir a mi compromiso laboral, así que podía ir a paso de tortuga si quería. Pero el asunto es que hice una cuadra y comenzó a dolerme insoportablemente la rodilla izquierda. Sentía como si los meniscos fuesen a explotarme, como si desde adentro me inyectaran un líquido espeso lleno de vidrio. Estoy hecho pelota, pensé. La cuestión es que, como me dolía mucho la rodilla, tuve que abortar mi larga caminata (al menos por hoy), aunque, aun así, decidí pasear por el lado del microcentro. Nuevamente caminé por la avenida Corrientes, prestando atención en encontrar una juguetería para comprar el regalo de Francesca. Pero el caso es que caminé hasta la avenida Callao y no encontré NINGUNA juguetería. Resulta patético, tristísimo, encontrar a la avenida Corrientes así de esta manera, convertida en un simulacro melancólico de lo que fue hasta hace poco tiempo. Es increíble la velocidad del cambio. Hermosa ironía. Si aquí en el microcentro se observa esto, no quiero imaginarme lo que puede llegar a verse en el conurbano. Es, ciertamente, increíble la velocidad del cambio. Si hiciese una película de la última vez que estuve en Buenos Aires (cuando aún se aguantaba la cosa), una película que proyecte sencillamente las imágenes de mi memoria episódica: desde que llego a Buenos Aires hasta que me retiro, y a esa película le uniese la película de este viaje (a fines de mayo del 2018), el espectáculo que ofrecería sería digno de una distopía de Philip Dick. Decenas de negocios cerrados, la gente pidiendo uno tras otro en las calles para comer, vi al menos seis o siete familias

viviendo en distintas esquinas de las calles laterales al Sur de la Avenida de Mayo, en las inmediaciones de la plaza de los Congresos, y a numerosos perros y a numerosos gatos paseando entre la gente en las esquinas populosas y cosmopolitas de la avenida 9 de Julio en esta zona. En la esquina de Moreno y San Juan está la Universidad de Cine, muy atractiva, como debería ser natural, con sus estudiantes hermosos y posmodernísimos que yo veía sentados en la salida charlando en la enorme escalera del portal con latas de cervezas en las manos. Pues nada: el portal permanece cerrado (pasé tres veces en todo este tiempo), no hay nadie en las escaleras y los estudiantes, cabizbajos, taciturnos, tienen que abrir una de las hojas del portal para ingresar o para salir, y adentro se divisa un guardia de seguridad privada. Todo está gris. Puedo oler la desesperación en la gente. La violencia está en el aire y el miedo convive en todos los instantes.

14:50. Hoy almorcé en un restorán chino. Tal vez un tanto resentido por el matambre a la pizza que me cayó mal en el restorán caro de la esquina, por el cual había pagado muy bien por cierto. La cuestión es que en el chino comí arroz revuelto con huevo, cebolla de verdeo, arvejas y morrones picados en cubitos, con un chorizo y unos cornalitos (más bien gigantes) que habían quedados sobrantes como el resto único de pescado frito que, casualmente, era lo que yo deseaba comer en realidad. Lo cierto es que el arroz estaba muy bueno, el chorizo exquisito, pero el pescado frito era un desastre. Pagué 75 pesos. No consumí bebidas. Moraleja: lo caro resulta ser como algo barato, y lo barato sale caro siempre. Otra vez todo mal con la comida. (De cualquier manera, mañana voy a volver a almorzar en el restorán caro; no sé por qué.) Pese a esto, todo ocurría con total normalidad, al menos eso creía yo hasta que, al volver a la habitación del hotel, ocurrió algo extraño que me dio miedo y me llenó de paranoia. En realidad, nada de eso, estoy exagerando. Sólo que otra vez logró sobrecogerme la presencia humana en las demás habitaciones cruzando el patio. La persona que ayer a la madrugada bajó la persiana en el momento en que el cielo parecía desplomarse, recién, cuando llegué a mi habitación y prendí la luz, ha vuelto a bajarlas con la misma brusquedad. Tampoco es que lo haya hecho

(cerrar las persianas) con tanta brusquedad o algo raro. Sucede nada más que esta vez pude verle el cuerpo (ayer a la noche tenía él las cortinas cerradas y sólo pude percibirlo), sin verle la cabeza ni, desde luego, las piernas ni los pies, en el lapso en que le llevase bajar la dichosa persiana. Es un tipo más bien corpulento, y, a juzgar por su ropa (un jeans gastado, un pulóver ordinario a rayas gruesas), de clase media o baja. De nuevo, yo también cerré las persianas y me senté a escribir. Pero ahora mismo dejo de hacerlo y me acuesto a dormir la siesta; quiero estar bien despierto para ver el partido.

18:20. A las 16:15 me desperté de la siesta y me quedé alrededor de una hora en la cama leyendo la novela de Ungar. De paso intenté darle un poco de reposo a mi rodilla izquierda que aun la sentía con molestia. La novela de Ungar tiene, por cierto, más de una similitud con la novela de Quirós. Se asemejan (algo ya dije) en la práctica singular de un narrador en primera persona que protagoniza una historia violenta entre hombres y mujeres a quienes los espía constantemente. Lo curioso, en ambos textos, es el hecho de asistir a cierta continuidad inverosímil entre el retrato que el protagonista se hace de ellos espiándolos y la realidad de esos personajes, fuera del voyerismo, una vez que entablan relación con él. La otra semejanza es que los protagonistas de ambas novelas realizan dibujos que son representados en el texto. El protagonista de la novela de Ungar (no tiene nombre) dibuja figuras geométricas en el diario que escribe en memoria de su hermana muerta muchos años atrás, mientras que El Mudo, el protagonista de la novela de Quirós, dibuja (y escribe) distintas cosas en una libreta, que algunas veces aparecen en la narración para representar lo que El Mudo quiere expresarle a otros y otras veces aparecen como parte de su narración. Algo así como si yo agregara aquí un dibujito mío escribiendo sobre la mesita de la habitación... Voyerismo y dibujos en la literatura universal. Adorable posmodernidad.

19.30. Ahora no puedo pensar en otra cosa que no sea el partido de la Selección en la Bombonera. El partido es a las 20:00. Aunque los equipos llegaron retrasados al estadio, así que

va a empezar un poco más tarde seguramente. La idea es que todo sea una fiesta y nadie resulte lastimado.

21:00. Abrí la tercera lata de cerveza. El partido está en el entretiempo y nadie resultó lastimado; hasta ahora todo es una fiesta. Tal vez sea por el alcohol, pero confieso que estoy un tanto emocionado, porque yo soy hincha de Boca y la idea de ver a nuestro delantero estrella Cristian Pavón (¡el nuevo Caniggia!) junto a Messi en el Mundial, logra extasiarme verdaderamente. Sin embargo, me vuelve a la cabeza la imagen de Macri dando el anuncio de ahorro con lámparas Led junto a su funcionario plenipotenciario y me aborda un rechazo atroz por todo, por Messi, por Pavón, por el Mundial, y me dejo llevar por el fastidio: ¿No se da cuenta Macri de que luego del veto puede venirse un tercer paro de la CGT? Ojalá que Argentina quede eliminada en primera ronda, y ojalá que, por una suerte de justicia poética, la eliminación de Argentina coincida con ese paro de la CGT... Se te pinchan los globitos amarillitos Macri... igatol!, y te vas en agosto... Ahora bien, si Argentina llega a salir campeón en Rusia Macri seguirá abriendonos los ojos del asombro (por no decir el culo) con más ahínco (por no decir con más sadismo). Claro que es más fácil que un elefante pase por el ojo de una aguja a que Argentina salga campeón del Mundo en Rusia... Pero, si se dan los resultados los globitos amarillitos se van a inflar hasta que su goma tensa se pegue a nuestros ojos bien abiertos (por no decir el culo) inmovilizándonos por completo. ¿Qué pasó? ¿El kirchnerismo no aseguró el Estado de Bienestar con un proteccionismo chavista?, ¿eso pasó? ¿O será que está todo bien? ¿Será que acaso estuvo bien que haya ganado Macri ahora (en el 2015) de suerte que así, como creen mis amigos, no se revelaba completamente agotado el modelo Populista entregando el país a la Derecha en el 2019 para siempre? ¿Está todo bien? ¿Macri no termina su mandato o lo termina a duras penas pero se va en el 2019 y después vuelve otro *brave new world*, un nuevo Estado de Bienestar, otro mundo feliz peronista, que es, en definitiva, el único mundo feliz que conocemos? ¡¿O está todo mal?!

23:45. El partido estaba terminando cuando me asusté nuevamente con el ruido de las persianas del otro lado del patio, que esta vez la bajaron fuertísimo, mucho más fuerte que las otras veces. Alterado por la adrenalina del susto, tomé rapidísimo casi toda la lata de cerveza que acababa de abrir. Estaba alerta. ¿Y si el tipo —pensé— es como uno de esos degenerados sobre los que escriben Ungar y Quirós y todo este tiempo estuvo espiándome, estudiando mis movimientos para hacer, de un momento a otro, vaya a saber qué cosa conmigo? ¿Y si cree que yo también soy un degenerado y viene a tocar la puerta de mi cueva para hablarme? Bueno, bueno, ¡basta! Estoy delirando... Voy a dormir.

*

Miércoles 30. Resaca. Son las 11:30 de la mañana y aún no he podido moverme del hotel. La alarma del celular sonó mil veces hasta que la apagué para seguir durmiendo. Tengo dolor de cabeza, el estómago flojo y algo de acidez. Mientras me bañaba decidí que voy a ir a almorzar de nuevo al restorán chino. Lo caro sale barato. Después de almorzar tendré que ir hasta la calle Junín a comprar los regalos; espero no encontrarme con todos los negocios quebrados, lo cual no sería para nada sorprendente.

15:15. Compré los regalos. Ahora me dispongo a dormir la siesta.

16.00. La resaca no se disipa.

19:20. Como en cada día de mi estadía, salí a buscar latas de cerveza (que hoy no llegaré a probarlas, seguramente) y sandwichitos de miga. Volví de hacer las compras y me puse a leer. De a ratos (estoy en la mesita) miro el televisor para ver en el noticiero (sin volumen siempre) las imágenes de la plaza de los congresos colmada por la gente que se congregó para hacer una vigilia. Después de los hechos suscitados en diciembre del 2017 en la Legislatura, cada actividad parlamentaria se realiza con una fuerte custodia del Parlamento por parte de la Policía de la Ciudad. Yo voy a hacer lo propio y voy a quedarme despierto tomando cerveza hasta oír en vivo

a Cristina, quien, por lo demás, para romper las pelotas se anotó como última oradora, así que tengo para rato.

11:40. Estoy terminando de leer la estupenda novela de Ungar.

01:30 (jueves). Todavía falta mucho para que tome la palabra Cristina.

03:10. Cristina habló y todo ocurrió como lo había previsto: respondió al Frente de Cambiemos las acusaciones del Presidente, y puso un empeño especial al señalarle a Gabriela Michetti lo caraduras que eran de tratarle a ella —a Cristina— de mentirosa, cuando eran ellos, *ella*, en particular, la que miente, sacándole a relucir algunos de sus Twitter —de Gabriela Michetti—, quien en pleno Balotaje 2015, justamente, decía que “no iban a aumentar las tarifas”. La cara de cajeta de Gabriela Michetti durante todo el tiempo en que habló Cristina, durísima, con las comisuras hundidas hacia abajo como los surcos de las mandíbulas de un ventrílocuo o como en los dibujos de las brujas desdentadas que aparecen por ahí, una cara de cajeta, por cierto, bien a tono con el rostro torvo del Presidente al dar los anuncios días antes.

*

Jueves 31. Es casi mediodía; a las 19.00 sale mi colectivo de regreso a Resistencia. Preparé mate y me instalé en la mesita de la habitación del hotel a escribir, por última vez sobre estas crónicas boludas. Sin embargo, el aburrimiento y la inquietud que me traen en junto las últimas horas de mi estadía en Buenos Aires, me llevan a escribir una previsión de los hechos: a las 14:00 almorzaré en el restorán caro, a las 15:00 me acostaré a dormir la siesta, a las 16:00 leeré hasta concluir la novela de Ungar y admiraré aún más su talento, a las 17:00 saldré a caminar (20 minutos) por los alrededores para aflojar un poco las piernas y así poder descansar bien el en viaje, a las 17:30 me bañaré y prepararé mi equipaje, a las 18:00 en la esquina de avenida de Mayo y Lima tomaré un taxi rumbo a Retiro, a las 19:00 subiré al colectivo que me llevará de regreso a Resistencia, en el colectivo retomaré la novela de Sanz, a las 08:00 (del viernes) llegaré a la terminal de Resistencia y despacharé mi equipaje, a las 08:20 tomaré un taxi que me llevará

hasta mi casa y abriré la puerta y abrasaré a mi hija y a mi novia que esperan sus regalos y,
supongo, mi regreso.

ONTOLOGÍA DE LA MARCHA PÚBLICA

A mis amigxs

En la actualidad, la diferencia entre la Argentina y los demás países latinoamericanos, pasa exclusivamente por la injerencia yanqui en el modelo sobre el patrimonio de la violencia, que, en nuestro caso: *las Fuerzas Armadas están extralimitadas y ninguna organización política salvo las Fuerzas de Seguridad del Estado posee armas*. A causa de ello, a menos que exista una gran patriada no habrá una revolución en la Argentina, y entonces el acto político no-ideológico, pacífico, que se vislumbra en el ejercicio de la *marcha pública*, es, al menos, el único acto político emancipador que nos queda en el horizonte de la lucha.

En efecto, la marcha pública es el *acto de mayor grado de inconformidad política con el menor grado de violencia*.

Indudablemente, después de la máquina piquetera (si así podemos referirnos), la marcha pública es la última máquina de praxis política en surgir en la Argentina. De todas formas, no hay que olvidar que *Juntos por el cambio* utilizó la marcha pública (“Sí se puede”) en su campaña electoral en un intento obsceno de ideologizarla, al igual que, durante el kirchnerismo, se realizaron las marchas de “678”, lo cual hace indispensable un estudio que intente abstraerla por completo para indicar con precisión su naturaleza.

Pues bien, este ensayo, partiendo de la teoría de los conjuntos —que representa la base de cualquier ontología contemporánea— y a través de una cartografía conceptual, pretende definir los actos políticos *no-ideológicos*, y, a partir de ello, pretende armar una *ontología de la*

marcha pública, que indique su pertenencia a este tipo de acto político y dé cuentas, como tal, de sus particularidades emancipadoras.

I

Hay actos políticos y actos no-políticos en el comportamiento humano. A los actos que son políticos los incluye la Historia, mientras que los actos no-políticos no están incluidos en la Historia. Esto se trata en efecto de la distinción clásica entre *zoé* y *bíos*, a saber, entre vida y vida políticamente calificada, o, si se quiere, entre vida y forma. A su vez, los elementos del conjunto de los actos políticos humanos —que incluye la Historia— se dividen en dos conjuntos: conjunto de actos ideológicos y conjunto de actos no-ideológicos.

Pues bien, si identificamos a los actos no-ideológicos —que son actos desprovistos de poder político— con el *conjunto vacío* de la teoría de los conjuntos, es posible aplicarle sus propiedades —las propiedades del conjunto vacío— a los actos no-ideológicos, en relación a los múltiples-existentes de actos ideológicos socialistas, capitalistas, liberales, fascistas, etcétera, de lo cual se obtiene un esquema ontológico para cartografiar conceptualmente, como esperamos, a esta clase especial de acto político no-ideológico.

Deberíamos definir antes que nada *poder político*, porque partimos de suponer que los actos no-ideológicos están desprovistos de él. Según Giorgio Agamben, *el poder político se funda en la separación de la esfera de una vida desnuda con respecto al contexto de las formas-de-vida*. La “vida desnuda” es la vida inmediata, jugada en bruto, que puede adquirir y cambiar de forma, la vida, en definitiva, que se presenta para-la-forma que le otorga el poder político en el derrotero de la *bíos*; la “forma-de-vida”, por el contrario, es una vida que no puede separarse de su forma, es decir, la coincidencia plena entre *bíos* y *zoé*. Ahora bien, si admitimos que «toda forma es el resultado de un concurso de fuerzas», entonces, la forma de un acto no-ideológico

resultará del encuentro de una vida que no puede separarse de su forma con el poder político, que, justamente, intenta imponerle una vida desnuda que la separe de su forma-de-vida, o sea, un acto no-ideológico será la coincidencia entre la vida privada y la vida política. Por otro lado, podemos considerar junto a Foucault al poder político como una «acción sobre otra acción», y entonces un acto no-ideológico será la acción de una vida con el menor desvío por la acción del poder político. Como sea, si decimos que los actos no-ideológicos son aquellos desprovistos de poder político, queremos decir que los actos no-ideológicos, como tales, serán, en todo caso, aquellos actos que no pueden separarse de una forma-de-vida.

Definiremos al Estado junto a las Ideologías y sus formas-de-gobierno como los *medios* del poder político. Diremos entonces que, a las distintas multiplicidades-existentes de actos ideológicos las produce el poder político, es decir, pertenecen a las formas-de-gobierno del Estado, mientras que los actos no-ideológicos, identificados con el conjunto vacío, pertenecen a las formas-de-vida de las personas.

En efecto, el poder político no tiene el patrimonio de los actos de naturaleza política. Desde luego, existen actos políticos de las personas que caen fuera de cualquier ideología. Ahora bien, es preciso aclarar que los actos no-ideológicos no son opuestos a los actos ideológicos bajo la óptica de una lógica binaria, sino que su relación es más bien la del “positivo” con el “negativo” en la fotografía: mediante el hecho de que los actos no-ideológicos son inclasificables por el poder político es que logran recubrirse de valor. No es que el acto no-ideológico sea político *a pesar* de que no se identifique con la ideología, sino *justamente* por ello. Es decir, el acto no-ideológico alcanza a ser político, precisamente, en la medida en que el poder político se pliega sobre él sin chances de dominio. La ideología no puede atribuirse, ni captar, ni desviar, ni poseer los actos no-ideológicos, porque su ideología consiste en la no-ideología, como suele decirse, en la medida en que es, en todo caso, una potencia-de-no-ideología.

*

-el vacío es sub-conjunto de todo conjunto: está incluido universalmente.

-el vacío posee un sub-conjunto, que es el vacío mismo.

Pues bien, empecemos por aplicar estas dos propiedades del conjunto vacío a los actos no-ideológicos:

Todo múltiple-existente admite al vacío como sub-conjunto, sin restricciones. Ahora bien, el vacío mismo es un múltiple-existente: es el múltiple-de-nada, por lo tanto, el vacío será subconjunto de sí mismo, es decir: el vacío estará incluido en el vacío. Al transpolar los términos a los actos no-ideológicos podemos afirmar: dado un acto político cualquiera, el acto no-ideológico estará incluido en él, y que, siendo el acto no-ideológico un acto político, el acto no-ideológico está incluido en sí mismo. Si decimos que el conjunto vacío está incluido universalmente, diremos entonces que el acto político no-ideológico estará incluido en los demás múltiples-existentes de actos políticos. El vacío, al que nada pertenece, necesariamente se inscribe, por esa razón, en todo, de manera que entonces, al estar desprovisto de poder político, el acto político no-ideológico se inscribirá en los múltiples-existentes de actos ideológicos producidos por el poder político.

Los actos políticos que no pertenecen al múltiple-existente de los actos políticos no-ideológicos, en efecto, están separados del contexto de las formas-de-vida de las personas, y, por consiguiente, derivan de sus vidas nudas, por lo que surgen para presentar las formas-de-gobierno del poder político. En otras palabras, los actos políticos que no pertenecen al múltiple-existente de los actos no-ideológicos hacen agenciamiento maquínico con el Estado, y, por el

contrario, el múltiple existente de los actos no-ideológicos no hace agenciamiento maquínico con el Estado.

Es una propiedad que tienen todos los conjuntos: «no pertenecen al conjunto vacío». Propiedad de la que se sigue uno de los principios más importantes de la ontología: «ninguna cosa se pertenece a sí misma». Por esta razón es que el conjunto vacío está incluido en todos los demás conjuntos: si nada le pertenece y no puede pertenecerse a sí mismo (por prohibición de auto-pertenencia), la única manera de ser el vacío una multiplicidad-existente (el múltiple-de-nada) es la de estar incluido en todos los demás conjuntos. Así, tenemos entonces que ninguna forma-de-gobierno pertenece a una forma-de-vida, motivo por el cual la forma-de-vida está en todas las formas-de-gobierno.

Estas dos propiedades del vacío (inclusión universal y subconjunto de sí) implican que «el vacío es el nombre propio del ser». Se debe a que, si el vacío está incluido en todo, incluso en sí mismo, se cumple entonces una especie de omnipresencia del vacío. En este sentido, podemos decir que, lograr aplicar estas dos propiedades del vacío al acto político no-ideológico, en la medida en que el acto no-ideológico se encuentra incluido en todos los múltiples-existentes de actos ideológicos, implicaría que lo no-ideológico sea el *nombre propio de la política*.

*

-en la partición de un conjunto inducida por una relación de equivalencia, la intersección de dos clases distintas es el conjunto vacío.

-la intersección del interior con su frontera es el vacío.

Para aplicar estas dos propiedades al acto político no-ideológico, en relación a los múltiples-existentes de actos ideológicos, tomaremos dos casos particulares de particiones: la partición del conjunto de los actos políticos humanos en clases de actos ideológicos y no-ideológicos y, luego, la partición del conjunto de los actos ideológicos en clases ideológicas: socialismo, capitalismo, comunismo, fascismo, etcétera.

La primera propiedad (las diferentes clases se interceptan en el vacío) nos dirá que, si la intersección de los actos ideológicos con los actos no-ideológicos se realiza en el vacío, entonces: identificado el vacío con la clase de actos no-ideológicos, los actos no-ideológicos serán comunes al conjunto entero de los actos políticos humanos, ya que estos estarán incluidos en su clase y en la clase de los actos ideológicos. Esto significa que el acto político no-ideológico permanecerá por completo incluido en lo político, mientras que los actos políticos ideológicos ocuparán sólo una parte de lo político.

Luego, en cuanto a la partición del conjunto de los actos ideológicos en clases ideológicas, si aplicamos la propiedad, nos dirá que: identificado el vacío con la clase de actos no-ideológicos, si las distintas clases de actos ideológicos se interceptan en el vacío, significa, en efecto, que todas las ideologías coincidirán en ser una potencia de *anti-no-ideología*, de *anti-vacío-de-ideología*, es decir, todas las ideologías coincidirán en la potencia de impugnar su negativo inoperante, lo no-ideológico, o, dicho de otro modo, todas las ideologías coincidirán en una potencia-de-no-vacío-de-ideología.

La segunda propiedad (la intersección del interior con su frontera es el vacío) arroja resultados equivalentes. Nos diría que, si el interior y la frontera —más allá de la cual, el conjunto tiene su cierre— se intersectan en el vacío, es decir, si los actos ideológicos tanto como los actos no-ideológicos llegan al vacío en el límite de su transfiguración el uno en otro, entonces: identificado el vacío con la clase de actos no-ideológicos, los actos no-ideológicos

serán comunes al conjunto entero de los actos políticos, ya que, al menos, estarán presentes en las fronteras de las distintas clases ideológicas.

Si aplicamos luego la propiedad a la partición del conjunto de los actos ideológicos en distintas clases ideológicas, nos dirá que: identificado el vacío con la clase de actos no-ideológicos, si en sus fronteras los interiores de las distintas clases de actos ideológicos se intersectan en el vacío, significa que, en efecto, las ideologías se clasifican a partir de aquello en que coinciden, esto es, se clasifican a partir del hecho de que representan la potencia-de-la-anti-no-ideología, la potencia-de-no-vacío-de-ideología, como dijimos, es decir, la potencia de impugnar el negativo inoperante que le representa lo no-ideológico.

Pues bien, si consideramos los resultados de estas dos propiedades, lo no-ideológico muestra ser, de alguna manera, una especie de *continuo* entre las clases de actos ideológicos o, mejor dicho, una especie de aglomerante ontológico de las ideologías, en definitiva, el acto más comunicable y más generalizable de lo político.

*

Vayamos de inmediato al caso de una persona para ilustrar lo entendido hasta el momento. Alfredo vive en la ciudad de Resistencia, Chaco, y es funcionario del gobierno: hace un año y medio fue nombrado director del Museo de Medios de la provincia. Alfredo es, además, escritor. Por otra parte, Alfredo no tiene una vida partidaria, pero participa asiduamente de las marchas públicas. Estas tres referencias: su múltiple-existente como funcionario, su múltiple-existente como escritor y su múltiple-existente como participante de las marchas públicas, componen la situación de Alfredo, esto es, los múltiples-existentes presentados de su vida que contienen sus actuaciones políticas ideológicas y no-ideológicas. Tratemos de caracterizar los distintos tipos de actos que ejecuta. ¿Qué tenemos? Fuera del trabajo en el Estado, Alfredo se ocupa casi por completo de la construcción de su obra como escritor. Bien, por pertenecer al contexto de su forma-de-vida, a sus actos como escritor los identificaremos con sus actos no-

ideológicos. Al su múltiple-existente como funcionario lo identificaremos con el conjunto de los actos ideológicos socialistas y capitalistas de Alfredo. En el plano general de sus múltiples-existentes, descartaremos los actos ideológicos fascistas y liberales de Alfredo. A los actos ideológicos comunistas de Alfredo no vamos a descartarlos, porque, si bien en el presente predominan sus actos no-ideológicos —como escritor— y sus actos ideológicos capitalistas y socialistas —como director del museo—, en el pasado, antes de trabajar en el Estado, Alfredo formó parte del Partido Obrero. Preguntémonos entonces: ¿están incluidos sus actos no-ideológicos en su múltiple-existente como funcionario, donde su ideología capitalista-socialista, decimos, hace agenciamiento maquínico con el Estado? Sí. Porque hemos afirmado que el conjunto de los actos no-ideológicos está incluido en los distintos conjuntos de actos ideológicos, como el vacío está incluido universalmente. Ahora bien: ¿en cuáles actos podemos encontrar concretamente a los actos no-ideológicos incluidos en su múltiple-existente como funcionario del gobierno? Podríamos responder que su formación de escritor funciona perfectamente con los rigores estatales, pero resultaría un tanto vago. Por otra parte, podríamos decir que, entendidos de esa manera, sus actos no-ideológicos, si bien están reprimidos en sus actos como director del museo, de un modo extraño se encuentran *contenidos* en ellos. Si nos remitimos a sus funciones en el pasado, en el año 2.009 cuando había ingresado a trabajar en el Estado y era Jefe de Prensa del Ministerio de Educación, Alfredo tuvo un escándalo con la Iglesia, el cual debió cargarse motivo de la presentación en la provincia de la revista THC. En ese escándalo puede apreciarse claramente cómo es posible que estén presentes los actos no-ideológicos, como los pertenecientes a la cultura cannábica, en funcionarios del gobierno, es decir, en actos políticos ideológicos. Una zona controvertida e indecible, por cierto, del comportamiento de Alfredo, que el Estado en ese momento no toleró en absoluto y se ocupó de amonestarlo, pero que no pudo despegarse del todo del hecho de haber sido la actuación de un funcionario de su gobierno. (Es preciso insistir que, en el Estado, las formas-de-gobierno que definen a los actos ideológicos implican funciones de «anti-no-ideología», «anti-vacío», «anti-

formas-de-vida» sobre sus funcionarios, debido a que, precisamente, la fijación del vacío, es decir, la fijación de lo no-ideológico al múltiple-existente de sus funciones, no sólo es posible sino inevitable.) Lo cierto es que, como al conjunto vacío no le pertenece ningún múltiple-existente presentado —estando él, por eso mismo, en todos los múltiples presentados—, ninguna ideología puede presentar la forma-de-vida de Alfredo comprometida con la cultura cannábica, estando, sin embargo, el extracto no-ideológico de ese compromiso presente siempre en el espacio de sus actuaciones ideológicas como funcionario.

Observemos ahora particularmente el múltiple-existente de Alfredo como participante de las *marchas públicas*. Al referirnos que Alfredo no lleva una vida partidaria pero que sí participa de las marchas públicas, no queremos decir nada en contra del periodismo y sí queremos decir mucho a favor de las marchas públicas, las cuales, de un tiempo a esta parte, se han convertido en un lugar de encuentro masivo de las voluntades políticas ciudadanas. No quedan dudas que, al ejecutar el acto no-ideológico de marchar públicamente, los múltiples-existentes de Alfredo se despojan de su condición de funcionario de gobierno. En efecto, todo parece ocurrir como si la marcha pública desactivara las representaciones ideológicas de aquellos que asisten, tomándolos singularmente para el ejercicio de su acto. Hemos visto que (por propiedad del conjunto vacío) las distintas clases de ideologías se intersectaban en lo no-ideológico, pues bien, la marcha pública vendría a representar ese espacio vacío de intersección entre las ideologías, que empero es, a la vez, un espacio político consolidado para gente con ideologías. Ahora, si bien la marcha pública no separa de los contextos de sus formas-de-vida a las personas que marchan (no es poder político), tampoco permite que las formas-de-vida impongan en ella por así decirlo sus contextos de origen (no admite subjetividades). Sin embargo, la marcha pública brinda un contexto neutro para que insistan las formas-de-vida de las personas que marchan. Podemos decir, en definitiva, que la marcha pública toma a Alfredo como parte de una máquina sin ideologías, que lo singulariza por completo de las formas-de-gobierno que lo componen como funcionario, permitiéndole, a la vez, que su forma-de-vida pueda presentarse fuera de su

contexto de origen, es decir, en el contexto neutro, sin poder político, que la marcha pública les brinda a los que marchan.

En esta primera parte de la exposición, hecha muy burdamente, hemos observado que las propiedades del conjunto vacío pueden aplicarse al acto político no-ideológico en relación a los múltiples-existentes de actos políticos ideológicos, o sea, que dichas propiedades pueden aplicarse a las formas-de-vida de las personas en relación a la separación de sus contextos por parte del poder político, de lo cual resulta que, como el conjunto vacío está incluido en todos los conjuntos, el acto político no-ideológico estará incluido en todos los actos políticos ideológicos. Es decir, el acto no-ideológico será ingobernable por el poder político, siendo, a raíz de ello, el actuar político más comunicable y más generalizable.

II

Apliquemos ahora el *Teorema del punto de exceso*, de la ontología de Alain Badiou, a los múltiples-existentes de las diversas clases de actos ideológicos que componen la situación política.

Pues bien, el *Teorema del punto de exceso* puede enunciarse del siguiente modo:

**-el conjunto de los sub-conjuntos de una situación, es un
conjunto esencialmente más grande que el conjunto mismo de
la situación.**

Ahora, ¿cómo se comporta el vacío en este teorema?

Primero aclaremos el teorema en sí. ¿Cómo puede ser que el conjunto de los sub-conjuntos de una situación sea más grande que la situación misma? La respuesta está en la

asombrosa intrincación que se cumple entre dos propiedades particulares de los elementos de un conjunto. Se trata de las propiedades de la «pertenencia» y de la «inclusión» de los elementos de un conjunto. Dado un conjunto de elementos cualquiera, supongamos <el conjunto de las letras que componen el abecedario>: {a, b, c, d...}, decimos que las letras que integran el vocabulario *pertenecen* al conjunto. Después, los sub-conjuntos formados por series de letras en orden alfabético, verbigracia {a,b,c} o {x,y,z}, decimos que son sub-conjuntos (múltiples) que le *pertenecen* al abecedario y que están *incluidos* en el conjunto del abecedario. A estos subconjuntos o múltiples que pertenecen y que están incluidos en un conjunto —como la serie {a,b,c} en nuestro ejemplo del abecedario—, la ontología los define como términos o múltiples «normales» del conjunto, porque es, a la vez, un elemento y una parte de él. Que sea parte del conjunto implica que esté incluido en la sucesión del múltiple que presenta el conjunto inicial, de manera que {a,b,c} es parte del abecedario porque está incluido en él. Pero si yo empiezo a establecer relaciones locas y pienso en series del tipo <palabras que mayormente utiliza en sus poemas Jorge Luis Borges>, claramente ese sub-conjunto no puede estar incluido en el abecedario, no es parte de él, a pesar de que esas palabras utilizan las letras que le pertenecen al abecedario. Empezando por las palabras elementales del vocabulario que pertenecen a la serie <palabras que mayormente utiliza en sus poemas Jorge Luis Borges>: “olvido”, “pasado”, “infinito”, cualquier palabra que pertenezca a ese sub-conjunto, viene dada por una serie que necesita una función mayor que la simple sucesión del orden alfabético. Digamos entonces que las letras de las palabras de los poemas de Borges, pertenecen al abecedario pero no están incluidas en él. A las relaciones que exceden la presentación de un conjunto —las letras que componen el abecedario, en nuestro ejemplo— la ontología las define como «exceso» del conjunto, porque si bien se forman con elementos que le pertenecen al conjunto inicial, sus resultados no están incluidos en él. En efecto, estas relaciones no son normales al conjunto, es decir, se aplican a elementos que pertenecen al conjunto, pero de ellas no resulta ninguna parte del conjunto. La ontología llama a los términos que no son normales,

términos (o elementos) o relaciones «singulares» o «acontecimentales» del conjunto. Los términos normales son, en definitiva, los que están presentados en un conjunto y son representados por él, mientras que los términos singulares o acontecimentales están presentados en un conjunto, pero no pueden ser representados por él, están en exceso, es decir, son elementos, pero no son partes del conjunto.

Este teorema ontológico es crucial, por cierto, y fundamentalmente implica que *la inclusión excede irremediablemente a la pertenencia*, es decir, que *ningún múltiple-existente está en condiciones de hacer uno de todo lo que incluye*, y, por otra parte, que *la medida de cuánto excede la inclusión a la pertenencia no se puede fijar*, o, en todo caso, que *el pasaje de la pertenencia a la inclusión está en <exceso absoluto> sobre la propia situación*. Una de las maneras, de hecho, en las que Badiou enuncia el *Teorema del punto de exceso* en *El Ser y el acontecimiento* dice:

El múltiple de los subconjuntos de un conjunto comprende,
forzosamente, al menos un múltiple que no pertenece al conjunto inicial.

Y bien, ¿qué extraemos al aplicar el *Teorema* al conjunto vacío?

La no-coincidencia de la inclusión y la pertenencia de los elementos de un conjunto, como plantea el *Teorema*, significa que es imposible que todas las partes de un múltiple, todas las relaciones entre sus elementos, le pertenezcan a dicho múltiple. Se sigue de esto que <la parte es mayor al todo>. Por el contrario, no se excluye en absoluto que todo lo que pertenece a un múltiple esté también incluido en él. En el caso del conjunto vacío al que nada le pertenece, su único elemento, el vacío, es su sub-conjunto. Por ley de su inclusión universal, sabemos que además el vacío está incluido en sí mismo, y, puesto que el vacío está incluido en sí mismo y es

el sub-conjunto de sí, entonces, el vacío será un elemento *normal* del conjunto que puede formarse de él. Sin embargo, como el vacío —también por ley de su inclusión universal— está incluido en los sub-conjuntos de la situación que no son normales, el vacío será, en efecto, un elemento acontecimental del conjunto que puede formarse de él. De esta manera, *el vacío es normal respecto de sí y singular respecto de la situación*. El vacío es un exceso ineludible, es decir, es un elemento de todos los conjuntos sin ser parte de ninguno y está incluido en el exceso mismo que tiene todo los conjuntos.

*

Volvamos al caso de Alfredo. Habíamos dado tres referencias para presentar su situación: su múltiple-existente como funcionario, su múltiple-existente como escritor y su múltiple-existente como participante de las marchas públicas. Pues bien, traslademos ahora los resultados que arroja el *Teorema del punto de exceso* para el vacío a los actos no-ideológicos de Alfredo —identificados con el vacío—, esto es, a sus múltiples-existentes presentados como escritor y como participante de las marchas públicas, en relación al contexto gubernamental de sus múltiples-existentes como funcionario. Es decir, en qué medida sus actos no-ideológicos están incluidos en sus actos ideológicos sin pertenecer a ellos, o sea, en qué medida los actos no-ideológicos representan un exceso de los mismos actos ideológicos.

Bastaría tal vez con decir que <el arte no sirve para nada>, trasladar esta definición al múltiple-existente de Alfredo como escritor, identificado con sus actos no-ideológicos, es decir, con los actos que pertenecen al contexto exclusivo de su forma-de-vida, y luego contraponer esta definición con su múltiple-existente como funcionario, identificado con sus actos ideológicos, los cuales no sólo <sirven para algo>, en efecto, sino que, a la manera de un dispositivo, están en funciones y al servicio del Estado. Del múltiple-existente como funcionario tomaremos solamente los actos ideológicos socialistas y capitalistas, mientras que sus actos no-ideológicos de escritor, el múltiple-existente de su arte, permanecerá por entero en una zona

singular en relación al poder político, en la cual el Estado no podrá capturar nada. Hay que advertir, antes de avanzar, que la obra de Alfredo no se parece en lo más mínimo a lo que la mayoría de las personas se imaginan de la obra de un escritor. Hay muchísimas palabras, desde luego, pero Alfredo practica la escritura como performance de un arte multimedia: escribe libros para gozar de presentarlos, obras de teatro que él mismo lleva a escena, guiones para fondos de música que él mismo interpreta, guiones para su programa de radio, en fin, todo un variopinto de textos espectaculares que lo caracterizan como a ningún otro escritor de Resistencia. Imaginemos a Alfredo en medio de esas truculentas puestas en escena de su *literatura-tropical*, como él la denomina —por razones que las atribuye al estilo, la forma y el contenido. Tomemos por caso la performance de la presentación de su libro “Poe-posmos”, en la cual está trabajando al momento de escribir yo este ensayo (marzo de 2017). Se trata de una miscelánea escrita en pastiche —mezcla de estilos elaborada con fragmentos de otros autores—, que componen las oscuras declaraciones de la poética inventada del libro, cuyos significantes parecen haber nacido para estos tiempos de *Cambiamos*. Pues bien, el múltiple-existente de la serie de los actos que componen <la performance de la presentación del libro “Poe-posmos”>, en efecto, pertenecen a los actos no-ideológicos de Alfredo, entonces, los actos que pertenecen a su múltiple-existente como funcionario no pueden estar incluidos en el múltiple presentado de la serie de los actos de la performance, porque ningún múltiple-existente puede estar incluido en el conjunto vacío. Estos actos singulares de Alfredo, incluidos en el múltiple-existente de su arte, en efecto, son actos normales al contexto de su forma-de-vida, como el vacío está incluido en el vacío y es normal a sí mismo. Pero hemos visto —según el *Teorema del punto de exceso* aplicado al vacío— que el vacío está incluido en los actos que exceden lo que está presentado en una situación. Esto significa que el conjunto de actos que componen la presentación de “Poe-posmos”, serán normales en los espacios públicos en donde se los lleve a cabo, aunque sean paradójicamente singulares respecto de la pertenencia de Alfredo al poder político. Es decir, en el múltiple-existente de la serie de los actos de la

performance no se presentan los actos normales de Alfredo como funcionario, del mismo modo en que sus actos singulares no son representables con las partes normales del contexto gubernamental. Ahora bien, si el vacío le pertenece a la situación de Alfredo, porque está incluido en cada uno de sus múltiples-existentes, entonces, el múltiple presentado de la serie de los actos no-ideológicos que Alfredo despliega en la performance, debe estar incluido en el múltiple-existente como funcionario, infestarlo, de alguna manera, como un gusano. Por lo demás, sus actos no-ideológicos se encuentran *contenidos* en sus funciones de gobierno. “Contenidos” en el sentido, habíamos dicho, como una especie de potencia-de-no efectuar actos no-ideológicos en el espacio del Estado, que él mismo, por cierto, como funcionario, debe velar. La condición de escritor de Alfredo será, en definitiva, el exceso que siempre dejará abiertos a los conjuntos de sus actos ideológicos, es decir, el exceso que siempre imposibilitará que cualquier ideología pueda gobernar por completo su conducta.

Tenemos, por otra parte, el múltiple-existente de Alfredo como participante de las marchas públicas. Habíamos dicho que la marcha pública sustrae por completo a Alfredo de sus múltiples-existentes como funcionario, para tomarlo sólo como *parte* de una máquina-sin-ideologías, que representa su actuar político no-ideológico por excelencia. Ahora bien, si decimos que la marcha pública, al ser ingobernable, vendría a ser el acto no-ideológico por excelencia de Alfredo y, según hemos visto (por propiedad del conjunto vacío), si el interior y la frontera de las distintas clases de ideologías se interceptan en lo no-ideológico, entonces, su actuar no-ideológico en la marcha pública representará en cualquier caso su actuar político más comunicable y más generalizable, es decir, más comunicable y más generalizable todavía que su actuar político ideológico como funcionario y que actuar político no-ideológicos como escritor.

La marcha pública será, en efecto, un *múltiple-existente que es mayor a la situación, es decir, una excrecencia que le pertenece a la situación sin ser parte de la situación, en la cual, en la marcha pública, cada ciudadano que concurra se sustraerá por completo de cualquier*

ideología, de cualquier creencia y de cualquier tipo de contexto de origen al que pertenezcan sus subjetividades.

En síntesis, como ocurre con el vacío en el *Teorema del punto de exceso*, Alfredo realiza actos no-ideológicos fuera y dentro del gobierno, y estos actos no-ideológicos están incluidos a su vez en sus actos ideológicos gubernamentales, representando esto un exceso respecto a la normalidad del Estado, esto es, que el Estado no puede representarlo con sus partes, ni expulsarlo, ni llenarlo, ni prescindir de él, ya que lo no-ideológico es precisamente aquello que permite la presentación de los actos políticos ideológicos de Alfredo, como el vacío sin ser presentado ni poder representarse es el ser mismo de la presentación.

III

En una situación política en el que no ha de darse una revolución, la potencia emancipadora se reduce al acto político no-ideológico. Ahora bien, adherir la potencia emancipadora a los actos no-ideológicos y la beatitud de una vida a su propia tendencia, es decir, una vida que permanezca en el contexto de su forma-de-vida, sin involucrarse con la esfera de la vida desnuda que el poder político aísla en ella, sin involucrarse con las formas-de-gobierno que el Estado produce en sus funcionarios, ser, en definitiva, de una felicidad plenamente contemporánea, desprovista de revolución, implica irremisiblemente un *adiós a las armas*.

Sin revolución, con el acto ideológico fascista ocurre lo mismo que ocurre con la potencia emancipadora: se reducen a una escala ciudadana. En efecto: *el fascismo se reduce al micro-fascismo, como múltiple-existente dentro del comportamiento ciudadano, como múltiple-existente del comportamiento público de la gente*. Así, el “burócrata”, en su figura tradicional, pero sobre todo el “colaborador” del régimen del Estado, es el sujeto ideal del micro-fascismo;

todos *ciudadanos sin armas*, que se presentan en cualquier lugar público diciendo a viva voz las peores barbaridades: hay que matar a todos los pobres, tienen que volver los milicos, etcétera. En definitiva, el fascismo está diseminado en cualquier persona en la manera en que comúnmente están diseminadas las demás ideologías.

Pues bien, en un mundo sin revolución, entonces, donde el acto político no-ideológico es la última reserva de la potencia emancipadora y el micro-fascismo circula en las calles, debemos preguntarnos: ¿qué es el micro-fascismo?, ¿cuál es la manera en que las formas-de-gobierno se trasladan a la gente?, pues, sin una distinción del acto político micro-fascista, este ensayo, ya de por sí escueto y ramplón, quedaría incompleto, como fruta de la que no se come la cáscara.

*

Completemos el cuadro. Planteamos que las diversas clases de actos políticos que alcanzan a hacer agenciamientos maquínicos con el Estado, que llegan a ser gobierno, producen formas-de-gobierno que se proyectan en la vida ciudadana, en una especie de forma en la vida que infesta el comportamiento por fuera del contexto de las formas-de-vida de la gente y, lógicamente, de los funcionarios, y habíamos dicho que estas formas-de-gobierno incluyen lo no-ideológico como todos los conjuntos incluyen al vacío. Ahora bien, la ideología fascista es, en efecto, una ideología especial entre las demás ideologías que alcanzaron a gobernar el Estado, en el sentido en que llega a ser la ideología estatal que mayormente intervienen en la vida ciudadana. De hecho, los gobiernos fascistas, por cierto, fueron los que *mayormente* excluyeron la presentación de los actos políticos sin ideología en la ciudadanía, obligándolos en una toma de posición de amigo o de enemigo.

Micro-fascista es aquel quien entrega por completo sus actos al poder político, como si su subjetividad estuviese hecha de pura vida desnuda, o sea, micro-fascista es quien *identifica el contexto de su forma-de-vida con la situación política y vive circunscripto al ámbito de una forma-de-gobierno*. Para entregarse al poder político de esa manera, el micro-fascista debe

expulsar de su comportamiento, desde luego, a los actos no-ideológicos, es decir, debe expulsar de su comportamiento a sus actos con formas-de-vida. La identificación plena del Estado con la ideología, esto es, la ideología pura, la afirmación sin reservas de la situación histórico-material del poder político sobre la gente: eso es el micro-fascismo. Ahora bien, el Estado no es político, es decir, en efecto, el Estado no es comportamiento humano. El Estado es, en todo caso, una máquina-abstracta-de-agenciamientos-maquínicos-con-las-ideologías, en virtud de lo cual está ligado a la situación histórica de partida y, a la vez, está separada de ella, según la coyuntura de los distintos tipos de agenciamientos maquínicos ideológicos que se realicen con él. Según esto, la política puede definirse nada más que como la *intención* de una ideología de adueñarse del Estado, como dice Badiou, y así, lo político sobrevive, en efecto, en la medida que el Estado no se asfixia en una ideología pura. Por lo demás, no existe la forma-de-vida-fascista, comunista, capitalista, etcétera, existe sin embargo el poder político en acción sobre las acciones de las formas-de-vida de las personas. La vida —al menos la *zoé*— no tiene una forma ideológica porque siempre cae en la gravedad de su inmanencia. Tampoco hay una vida políticamente correcta, digamos, hay sólo *una* vida, como dice Deleuze, o, en todo caso, la esfera de la vida capturada por el poder político es constantemente agujereada por la inmanencia de una vida. Dicho de otro modo, en sus agenciamientos-maquínicos, el Estado no se ocupa en absoluto de *la vida* de las personas que lo integran, sino exclusivamente de la esfera de la *vida desnuda*, donde inocula las formas-de-gobierno, agujereadas constantemente, como decimos, por la inmanencia, o sea, agujereada constantemente por lo no-ideológico. Lo que ocurre es que el micro-fascista llega a *creer* efectivamente que una forma-de-gobierno puede llegar a ser una forma-de-vida, la expresión de una libertad, digamos, de un pensamiento, como suele decirse, y hasta de un comportamiento integral del ser humano, debido a que la servidumbre al poder político de su conducta alcanza a ser total. Pues bien, al identificar la ideología con la vida, el micro-fascista exige que las demás personas se identifiquen con él, con el poder político que lo atraviesa. Esto significa que la multiplicidad de las formas-de-vida impugna la entrega

incondicional del micro-fascista. De esta manera, al negar cualquier tipo de multiplicidad-existente fuera del régimen estatal, el micro-fascista *asume al Estado como Uno de la situación*. En efecto, para el micro-fascista el Estado *es* la situación, o mejor dicho: *el estado de la situación es la situación*. La noción de <estado de la situación> permite contar por *uno* la estructura de una situación, cerrando lo que ella tiene de pleno, esto es, asegurando una cuenta-por-uno finita de sus partes, y la manera en la cual esto es posible, es descartando las singularidades, anulando las multiplicidades-existentes de la situación que no sean normales. Entonces, si el micro-fascista supone que la situación es el estado de la situación, como decimos, se debe a que pretende estrangular el régimen infinito de multiplicidades-existentes de la situación, en la ortodoxia de una imposible ideología pura que, precisamente, clausure lo político no-ideológico para poder ser Uno con la situación. Sin embargo, la ontología dice que <*el uno no es*>, es decir, siempre hay multiplicidades-existentes, o sea, que no hay manera de hacerse uno con la situación, porque el *uno*, del Estado como el de cualquier multiplicidad-existente, *no es*. Lo cierto es que una situación es infinita si contamos uno por uno las multiplicidades-existentes que presenta.

Pues bien, tratar de expulsar del Estado a los actos que no se ajusten a su forma-de-gobierno, depurarlo de cualquier exceso de presentación fuera de su régimen normal, constituir, en definitiva, el famoso *enemigo interno*, implica forzar el límite ontológico que propone el *Teorema del punto de exceso*, suturando el Estado, por así decirlo, al código ideológico, no sin que esto produzca desastre. En efecto, el exceso contado al menos por uno —que impone el *Teorema*— perteneciente al conjunto de los diversos tipos de actos ideológicos, es el conjunto de los actos no-ideológicos identificado con el vacío —el exceso universal. Si la situación está siempre sujeta a un exceso que le pertenece y que no puede ser encuadrado en ningún estado de la situación, entonces la situación no puede coincidir nunca con el estado de la situación como pretende el micro-fascismo.

En efecto, no se puede prescindir del conjunto de los actos no-ideológicos en el Estado, como no podemos prescindir del vacío en la ontología. En este sentido afirmamos que el acto no-ideológico —como vacío del ser— es el nombre propio de lo político.

*

De guiarnos por todo esto, podemos afirmar que el micro-fascista incurre en un *forzamiento ontológico de la función* de los actos políticos al rechazar los actos no-ideológicos de la gente. Pareciera ser que *el fascismo es, en efecto, la ideología pura tanto como la anti-ideología pura*. De cualquier manera, el micro-fascista fuerza la función de los diversos tipos de actos políticos ideológicos del comportamiento humano, porque ningún múltiple-existente de ese tipo (político) puede prescindir de lo no-ideológico para presentarse, como ningún múltiple-existente puede prescindir del vacío para presentarse. Así, el micro-fascista se presentará siempre empecinado en expulsar el vacío ideológico de los demás, instándolos a expulsar las formas-de-vida dentro del Estado, o mejor, instándolos a identificar la forma-de-gobierno con sus formas-de-vida, a sabiendas, en una especie de negacionismo, que es imposible que las formas-de-vida no aparezcan en la malla de las relaciones humanas del Estado como es imposible que el vacío no aparezca en un conjunto. Sin embargo, la vida es el error, como decía Foucault, y al forzar la función de los actos políticos, *el fascismo sale constantemente de la esfera de lo político*.

Hay que saber que una ideología fascista al mando del Estado que promueva la *anti-no-ideología*, el *anti-vacío*, el *anti-parte-de-nada* o el *anti-múltiple-de-nada*, o lo que sea, hay que saber, decía, que estas promociones por parte del Estado caen fuera de lo político. Promover la anti-no-ideología entre ciudadanos, comportamientos que conducen al micro-fascismo colaborador de un régimen estatal, en consonancia con su ejercicio de persecución ideológica del tipo anti-peronismo, anti-kirchnerismo, anti-liberales, etcétera: eso es el fascismo. Y, a la vez, estas promociones entre la ciudadanía —que supone la ideología por oposición a otra

ideología, cuando esto no es— son las que legitiman la dirección soberana del Estado hacia un conjunto de actos fascistas en sus funcionarios, conduciendo a una grieta violenta en términos particulares como el fascismo en términos generales conduce al desastre.

Y bien, parafraseando a Badiou, el político *no* será, entonces, “el guerrero bajo los muros del Estado”, como dicta la imagen que el poder político nos quiere imponer, sino, el político será, en todo caso, el paciente centinela que vela la permanencia de lo no-ideológico, quien define un horizonte emancipador sin las obstrucciones que una ceguera ideológica pudiese causar, y será, por lo tanto, aquel quien construye una manera de sondar los intereses comunes vacíos de ideologías en la vida de las personas.